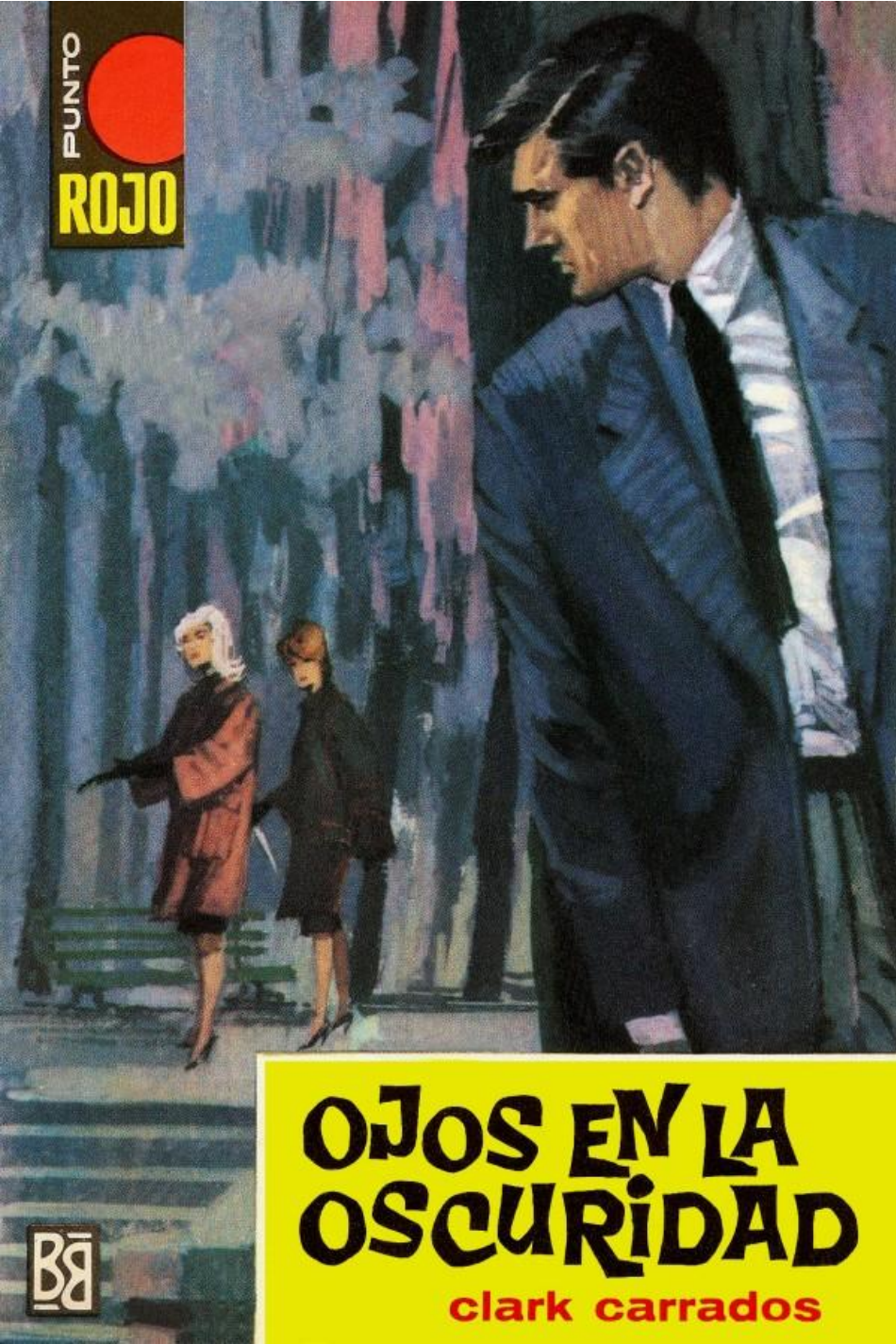


PUNTO

ROJO

The illustration is a painting in a dark, moody style. In the foreground, a man in a dark suit and tie is shown from the chest up, looking down and to the left. In the background, two women are walking away from the viewer on a path. The woman on the left is wearing a red coat and a white headscarf, while the woman on the right is wearing a dark coat. The background is filled with vertical, brushstroke-like elements in shades of blue, purple, and pink, suggesting a forest or a stylized urban scene. A green bench is visible on the left side of the path.

OJOS EN LA OSCURIDAD

clark carrados



OJOS EN LA OSCURIDAD

CLARK CABRADOS

OJOS EN LA OSCURIDAD

1.^a EDICIÓN
AGOSTO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPÓSITO LEGAL B 15.792 – 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 3235/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

762 — La carta del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

628 — La chica bajo el farol.

En Colección BÚFALO:

438 — Capitán Fracaso.

En Colección CONGO:

6. — Sahara en rojo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

307 — La vuelta del yanqui.

En Colección CALIFORNIA:

302 — Encaje de revólveres.

En Colección COLORADO:

2.28 — Seis al infierno.

En Colección SANSAS:

214 — Fantasma en la ciudad.

En Colección PUNTO ROJO:

9 — La viuda viste de rojo.



CAPÍTULO PRIMERO

SONÓ el teléfono y me pareció como si la campanilla estuviera instalada en el interior de mi cráneo.

Lancé un gemido y, mientras con una mano sujetaba la bolsa de hielo que tenía sobre mi cabeza, busqué con la otra a tientas el aparato telefónico.

La bolsa de hielo no me la había puesto para disipar los trastornos de una borrachera, sino para aliviar los desastrosos efectos de un golpe propinado por un individuo al cual seguía por encargo de una esposa demasiado celosa. Y yo cumplí el encargo tan bien que el tipo me vio a las primeras de cambio. El resultado... Pero, ¿a qué seguir hablando de fracasos?

Descolgué el auricular y lo acerqué a mi oído. Una voz ansiosa resonó a través del hilo.

—¿El señor Maxton?

—Sí —contesté—, el mismo.

—Escuche, ¿puede venir en el acto? Estoy en un gravísimo

peligro: acaban de amenazarme de muerte.

Di tal salto que la bolsa de hielo fue a parar a dos metros de distancia. Lo que acababa de oír me hizo olvidar casi por completo mi dolor de cabeza.

—Oiga —dije de mal talante, recobrándome un tanto—, ¿es que tiene ganas de bromear?

—Por favor, ¿no es usted Peter Maxton, detective privado?

—Eso reza mi declaración de impuestos —mascullé—. Por cierto, con la última que llené tuvieron que abonarme dinero, porque no había ganado lo suficiente el año pasado.

—Déjese de bromas, señor Maxton. Esto es mucho más importante. Mi vida corre un serio peligro. Ayúdeme. Me llamo Christine Barlett y vivo en el ochocientos cuarenta y dos de Hampden Lane, apartamento ocho efe. Venga pronto, se lo suplico, señor Maxton.

La voz calló al cortarse la comunicación súbitamente. Y yo me quedé sentado en la cama, muy pensativo.

Daba la casualidad de que yo también residía en Hampden Lane y, para mayor casualidad, justamente frente al número indicado. Por la numeración del apartamento, calculé que debía hallarse al nivel del mío más o menos.

Fui al lavabo y me tomé de golpe dos aspirinas. Acto seguido busqué unos prismáticos, recuerdo de mi actuación bélica, y me situé junto a la ventana.

El edificio citado de Hampden Lane era de reciente construcción, lo cual significaba acero, cemento y cristal. Traté de rememorar la voz que me había hablado. Pese a su indudable acento de ansiedad, era dulce, suave y acariciadora. Parecía pertenecer a una mujer joven y probablemente agraciada, pero de esto no conviene fiarse mucho: las mujeres, tanto hablando por teléfono como vistas de espaldas, suelen dar muchos chascos cuando uno se las echa a la cara.

Yo residía en la octava planta. Busqué el piso que estaba al nivel del mío y empecé a mirar.

Quiero hacer constar que nunca he sido curioso, me refiero en el aspecto extraprofesional. Pero eso de que me llamasen por teléfono con tanta urgencia y desde una casa frontera a la mía, me traía muy intrigado. Hablando con sinceridad, era la primera vez que usaba

los prismáticos para atisbar el edificio frontero.

Empecé a recorrer las ventanas una tras otra. En la primera, una dama me proporcionó una deliciosa visión de sus bonitas piernas al sujetarse los «clips» del portaligas. Era mayorcita, pero aún tenía mucho que ver.

En la segunda, un tipo delgado y esmirriado hablaba por teléfono con tremenda vivacidad. Por el movimiento de sus labios inferí que debía estar cubriendo de injurias a su interlocutor.

En la tercera, un individuo grueso y apoplético estaba en trance de aumentar su presión arterial al utilizar a su secretaria para que probara la morbidez de sus muslos como asiento. La chica le hacía muchas carantoñas y mientras el gordo la manoseaba, ella le hurgaba en los bolsillos buscándole la cartera. El gordinflón llevaba las de perder.

La cuarta ventana me mostró una mujer. Era joven, de cabellos rubio pálido, dejados caer laciamente a lo largo de los hombros. El perfil parecía muy bonito y daba una singular impresión de sosiego y serenidad al permanecer la joven absolutamente inmóvil, sentada en un cómodo diván junto a la ventana. Vestía un *pullover* azulgris, muy claro, de manga larga; esto es todo cuanto pude ver, porque el resto del cristal era opaco. Me pareció que estaba escuchando la radio o viendo la televisión.

En la quinta ventana, en fin, vi otra mujer, de magnífico aspecto físico, muy rubia, de ojos ardientes, que se paseaba nerviosamente arriba y abajo de su aposento. ¿Era esta la que me había llamado?

Dejé los prismáticos y colgué un pitillo de mis labios. Permanecí pensativo durante unos momentos.

¿Por qué Christine Barlett no había llamado a la policía?

¿Por qué había recurrido a los servicios de un detective particular a quien ni siquiera conocía?

Expulsé el humo con aire dubitativo. ¿No se trataría de algún pesado bromazo?

Si era así, la Barlett me iba a oír.

Me cambié de ropa de arriba abajo sin grandes prisas. En los últimos tiempos cometí un grave error.

Había solucionado satisfactoriamente un asunto que me proporcionó casi cinco mil de gratificación, y ello, naturalmente, me permitió renovar totalmente —¡y de qué modo!— mi vestuario,

además de trasladar mi oficina a un sitio mucho más lujoso que el que había ocupado hasta entonces. Pero después de aquello no cayó en mis manos más que un encargo y aún este solo me había reportado un monumental chichón en la cabeza. Al optimismo sin límites de los primeros días sucedió un negro pesimismo, que me hacía pensar en sopas de caridad y cosas por el estilo.

Me contemplé autocríticamente en el espejo después de haberme vestido. La ropa bien hecha tiene el inconveniente de que cuesta cara, desde luego, pero en cambio, acudiendo a un buen sastre uno podría llevar un tanque ligero debajo de la axila izquierda sin que se notase, cuanto más un «Smith & Wesson» de mediano calibre, que es el que yo suelo llevar... pero no utilizar, entendámonos.

Aprobado mi aspecto externo y confiando en mis treinta y dos años y mi buena planta física, me dije que ya era hora de entrar en campaña; así que, como suele decir vulgarmente, agarré la puerta y salí.

En la calle no cometí la ingenuidad de dirigirme rectamente al edificio frontero, sino que viré hacia el oeste, subiendo por mi misma acera durante cien metros, con todo el aspecto de un paseante desocupado. Después atravesé por un paso de peatones y baje por la acera opuesta hasta llegar a mi objetivo.

En el vestíbulo del edificio estudié la distribución de las plantas. Mi examen había sido correcto. Ahora solo faltaba enfrentarse con la autora de la llamada, vale tanto decir con Christine Barlett.

Entré en el ascensor, el cual me dejó unos momentos después en el piso deseado. Busque el 8 F y pulsé el timbre.

Esperé durante casi un minuto. Al cabo, la puerta se abrió y la chica del *pullover* azulgris apareció frente a mí.

Confieso que en el primer momento me quedé desconcertado, al ver el aspecto tranquilo y sosegado de Christine.

Era bastante alta y de cuerpo muy fino y esbelto, lo que no excluía en ella las formas plenas y rotundas de una mujer de unos veinticuatro o veinticinco años, que es la edad que le calculé. Sus ojos eran muy claros, transparentes, y sus manos largas y finas.

Además del *pullover* vestía una sencilla falda plisada de color blanco y calzaba unos sencillos zapatos sin tacón. No llevaba joyas en absoluto, salvo una cadena de oro con un medallón redondo, en el cual vi la efigie de una santa, que no pude identificar en aquel

momento,

—Perdone —dije—, ¿la señorita Barlett?

—Yo soy —contestó ella.

—Me llamo Maxton, Peter Maxton. Si no me equivoco, usted me llamó antes...

—¡Ah, sí, señor Maxton! —se echó a un lado—. Pase usted. Le estaba esperando, aunque, a decir verdad, no creí que viniera tan pronto.

La última frase de la muchacha me hizo pensar. ¿Por qué no había creído que yo acudiría tan pronto?

Cruce el umbral, quitándome el sombrero. El suelo estaba cubierto por una mullida alfombra roja, de cinco dedos de espesor. En las paredes había algunos cuadros de bonito diseño. Muebles pocos, pero buenos, modernos y hábilmente distribuidos. Casi todos arrimados a la pared: ninguno en el centro.

—Venga conmigo, señor Maxton —dijo Christine.

La seguí. Ella caminaba despacio, como si tuviese alguna dificultad en mover las articulaciones. Atravesamos el recibidor y me condujo hasta un gran salón, mejor amueblado todavía.

En uno de los lados del salón vi un tocadiscos automático de alta fidelidad, con una pila de discos listos para ser escuchados. El mecanismo era tal que permitía pasar ininterrumpidamente hasta cuarenta piezas consecutivas. También disponía de radio incorporada, pero lo que no pude ver fue aparato de televisión.

Junto a la ventana había dos sillones muy cómodos, y entre ellos una mesita. Detrás del mostrador del bar, una anaquelera con botellas de licores y el correspondiente servicio para los mismos.

—Sírvase usted mismo, si quiere tomar algo, señor Maxton —dijo ella, caminando hacia uno de los sillones.

—Gracias. Tomaré una copa. ¿Le preparo otra?

—No, no me apetece.

El servicio era completo. Puse tres dedos de whisky, un par de cubitos de hielo y un dedo de soda en un vaso alto, y con él en las manos me encaminé hacia el sillón frontero al que ocupaba Christine.

Me senté frente a ella. Tomé un trago y luego dejé el vaso sobre la mesita. Después saqué cigarrillos y le ofrecí. Ella no se movió siquiera, en vista de lo cual me dispuse a fumar.

—Discúlpeme, señor Maxton —dijo Christine—. Debiera haberle ofrecido yo cigarrillos. Le daré fuego.

Su mano se acercó a la mesita. Contemplé fascinado sus torpes movimientos. De pronto, tocó de mala manera la caja con cigarrillos y fósforos y la derribó al suelo.

Christine se puso muy encarnada.

—¡Qué torpe he sido! —murmuró.

Dejé que el cigarrillo colgara de mis labios, sin recoger la caja. Ahora comprendía por qué Christine se había asombrado tanto al ver mi escasa tardanza en acudir a su llamada. Comprendía también sus dudas y vacilaciones al caminar y comprendí igualmente por qué había derribado la caja con servicio de fumar.

Christine era ciega.

CAPÍTULO II

ELLA se dio cuenta de mi turbación y sonrió débilmente.

—Debí habérselo dicho, señor Maxton. Pero creí que usted se había dado cuenta de ello.

—Dispénsame —murmuré con voz ronca, precipitándome a recoger las cigarrillos dispersos—. Me he portado como un estúpido.

—No se preocupe —ella sonreía encantadoramente. Tenía el rostro vuelto hacia mí, pero sus pupilas permanecían fijas en un punto indefinido—. Repito que la culpa ha sido mía.

—Siento que...

—Por favor, señor Maxton. Dejémoslo a un lado y hablemos de lo primordial, ¿quiere?

Traté de recobrarme y encendí el cigarrillo.

—Muy bien —contesté, expulsando el humo—. Adelante. ¿Quién, cómo y por qué la ha amenazado de muerte?

—No lo sé.

La respuesta fue escueta, contundente casi, diría yo, y me llenó de asombro.

—¡Cómo! ¿Que... no lo sabe?

—Así es, señor Maxton. Por raro que pueda parecerle, solo sé que me han amenazado de muerte. Pero ignoro todo lo demás. Ni quién ha sido, ni por qué desea mi muerte ni, mucho menos, cuándo o cómo piensa poner en ejecución sus amenazas.

—Entendámonos. Antes de seguir adelante, ¿puedo preguntarle por qué no ha avisado a la policía?

—Se lo diré. No deseo publicidad.

Fruncí el ceño. ¿Publicidad?

Ella intuyó mi extrañeza.

—Sí; ya la tuve bastante hace seis años y... —su voz se quebró repentinamente—, no deseo volver a pasar por un trance semejante.

—No acabo de entenderla, señorita Barlett —dije, bastante confuso.

—Lo de la publicidad es algo que me horroriza. La policía daría enseguida información a los diarios. La casa se me llenaría de reporteros, fotógrafos, locutores de radio y televisión... Oh, no, no, señor Maxton: prefiero que lo haga usted calladamente, sin vocearlo a los cuatro vientos. Le pagaré una buena suma, pero... hágalo usted, se lo suplico.

Estaba nerviosa y alterada, más que por las amenazas recibidas, por el temor al escándalo. Confiase que en aquellos momentos yo estaba un poco turbado y aun diría que desconcertado, porque no acababa de comprender del todo lo que le sucedía.

—Creo que le conviene beber algo, señorita Barlett —dije
Y ella asintió.

Un minuto después puse en su mano el vaso. Tomó un par de sorbos y su rostro, palidísimo hasta entonces, se coloreó levemente.

Sonrió.

—Su idea ha sido muy buena, señor Maxton —elogió—. Realmente, me convenía beber un poquito.

—Muy bien; y ahora que va se ha entonado —dije—, ¿le parece que sigamos?

—Estoy a su disposición —contestó ella sosegadamente.

—Bien; en primer lugar usted no sabe quién ni por qué la ha amenazado.

—Exactamente.

—Esto me obliga a formularle algunas preguntas de carácter personal. ¿Le importará, responderme?

—Trataré de hacerlo, señor Maxton.

—Escuche, en primer lugar, ha de llamarme Pete. Me siento molesto cuando alguien me trata tan ceremoniosamente, ¿comprendes?

Christine sonrió.

—Muy bien. Adelante, Pete.

—¿Quién le facilitó mi nombre y dirección?

—El conserje del edificio: Noah Torrance.

—¿Cómo sabía Torrance mi dirección?

—Le llamé por el teléfono interno y le dije que necesitaba un detective privado para obtener informes de una persona. Esto es

corriente, ¿no?

—Sí, claro.

—Entonces, Noah buscó en la guía —yo no puedo hacerlo, compréndalo, Pete—, y me facilitó su número de teléfono. Mi... bien, estoy obligada a tener buena memoria, Pete.

—De modo que le dio el teléfono, pero no la dirección.

—Así ha sido, Pete.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Sigamos. ¿Vive usted sola en la casa?

—No.

—¿Quién le hace compañía?

—Estos días, nadie. Verá, por las mañanas viene una mujer a hacer la limpieza...

—Nombre y dirección de esa mujer —la interrumpí, sacando papel y lápiz.

—Señora Gehlson, North Driver, ciento noventa y cinco. Si quiere, le daré también el número de su teléfono. Lo sé porque ella me lo facilitó; algún día, me dijo, podría tener necesidad de ella a horas intempestivas y de este modo podría llamarla.

—El teléfono no me importa —repuse—. Prefiero entrevistarla personalmente.

—¿Acaso duda usted de la señora Gehlson?

Christine parecía ofendida.

—Escuche —contesté—, la han amenazado de muerte y no sabe quién ni por qué, ¿verdad? Luego, entonces, es lógico que yo investigue acerca de todas las personas que están en contacto con usted. ¿Lo comprende ahora?

—Sí, claro. Siga, Pete... y dispénseme.

—No se preocupe —su sonrisa me agradaba mucho. ¡Lástima de ojos!—. ¿Vive usted sola en la casa?

—Oh, no, claro está. Tengo lo que antiguamente se llamaba dama de compañía y hoy se llama secretaria social. Es la señorita Dykens, Marty Dykens.

—¿Vive aquí con usted?

—Claro.

—¿Dónde está ahora?

—Fuera de la ciudad.

—¿Cómo? —me extrañé.

—Sí. Le dije yo misma que se tomara dos o tres semanas de vacaciones. Marty necesitaba mucho ese descanso; lleva a mi lado tres años sin interrupción, sacrificándose de un modo abrumador y noté que estaba fatigada. No puedo ver, pero advierto las cosas, Pete.

—Comprendo —dije.

—Entonces le ordené que se fuera. Ella no quería de ninguna manera, pero yo la obligué.

—¿Cuándo se marchó?

—Hace una semana aproximadamente.

—Eso significa que tardará dos en volver.

—Sí.

—¿Y no se siente sola en la casa?

Christine volvió a sonreír.

—Conozco el apartamento palmo a palmo. Tengo libros en Braille y música en abundancia, además de le radio. No, créame, no tengo tiempo de aburrirme.

—¿A dónde se dirigió la señorita Dykens para pasar sus vacaciones?

—Al lago Kobee. Es un lugar encantador, entre las montañas. Lo recuerdo muy bien de mis tiempos de jovencita, cuando...

La voz de Christine se quebró súbitamente. Un espasmo de dolor contrajo su rostro.

—Perdóneme, Pete —dijo, con voz un tanto enronquecida—. Fue algo involuntario. Quise decir que cuando podía ver y era una persona normal, solía pasar en el lago Kobee algunas de mis vacaciones.

—Sí —murmuré. Dejé pasar un par de minutos para que se rehiciera y luego continué—: Aparte de la señorita Dykens, ¿con quién más tiene usted relación?

—Con nadie. Bueno, salvo con mi abogado, claro está.

—Deme su nombre y dirección, por favor.

—Sí. Thaddeus Mac Kann, Runaway Street, trescientos ochenta y cuatro.

—¿Esas son todas sus relaciones?

—Sí. Compréndalo, no necesito más ni... ni tampoco quiero conocer a más gente.

—Entiendo —murmuré pensativamente—. Ahora, explíqueme

cómo ha recibido la amenaza de muerte.

—Hará cosa de tres semanas. Estábamos aquí Marty y yo, oyendo la radio, cuando sonó el teléfono. Marty se levantó y atendió la llamada. «Es para ti», dijo. Tomé el auricular, y escuché una voz: «Señorita Barlett, voy a matarla».

El esbelto busto de Christine palpitó de pronto.

—No quise decir nada a Marty. El individuo...

—¡Un momento! ¿Era un hombre el que la llamó?

Christine pareció sorprenderse.

—Pues, así me lo pareció. Desde luego, hay voces de mujer que suenan muy broncas, pero me dio la sensación de que era voz de hombre.

—Siga. ¿Hubo más amenazas después?

—Por supuesto. Dos o tres veces más.

—¿Y en todas las ocasiones, el individuo repitió la misma frase?

Christine hizo un gesto ambiguo.

—Bueno, quizá no, pero, más o menos, venía a decir lo mismo: «Voy a matarla, señorita Barlett.»

—¿No teme usted que se trate de una broma?

Ella sacudió la cabeza.

—Ya no puede ser una broma, Pete. Poco antes en llamarle a usted recibí otra llamada amenazadora.

—¿De la misma persona?

Christine vaciló.

—La voz me pareció la misma, aunque disfrazada ¿Sabe?, nosotros los que carecemos de vista, tenemos el oído muy aguzado.

—En las anteriores ocasiones, ¿fue siempre la misma voz la que pronunció las amenazas?

—No. Creo recordar que en dos ocasiones sonó distinta.

—Bien. ¿Y qué le han dicho hoy? ¿Recuerda la frase exacta? Puede ser importante, señorita Barlett.

—Sí, claro; ya he dicho antes que mi defecto me obliga a tener buena memoria. La frase fue: «Estoy llegando ya al límite de mi paciencia. Un día de estos...»

Algo se rompió de pronto con sonido cristalino, interrumpiendo el relato de la joven.

Fascinado, contemplé volar en mil pedazos el vaso que Christine tenía frente a sí.

La joven lanzó un gritito de susto.

—¡Pete! ¿Qué ha sido eso?

Miré instintivamente hacia la ventana. Alguien nos estaba tiroteando desde el edificio frontero.

Salté hacia Christine y la cogí de los hombros, empujándola al suelo, justo en el instante en que otro orificio estrellado aparecía en el vidrio del amplio ventanal junto al que nos hallábamos.



Alguien nos tiroteaba...

CAPÍTULO III

DURANTE unos segundos permanecimos tendidos en el suelo, cubriendo yo con mi cuerpo a la muchacha.

—Quieta —dije a su oído—, no se mueva. Déjeme hacer a mí.

Me puse en pie de un salto y tomándola por debajo de los brazos la aparté de aquel lugar, colocándola en sitio resguardado.

—Perdone el tratamiento —murmuré—, pero era necesario.

—No se preocupe, Pete —dijo ella con voz tranquila—. ¿Qué ha sucedido?

Miré hacia el ventanal, en el cual se divisaban dos orificios estrellados.

—Alguien se ha entretenido en tirar al blanco contra su apartamento, señorita Barlett —dije con voz tensa.

Ella se estremeció.

—¡Oh, Dios mío! Entonces... ha pesado a vías de hecho.

—Sí. Quédese quieta, aquí y no se mueva, por favor

—Conforme, Pete.

Precavidamente me acerqué al ventanal, situándome en uno de sus lados. Miré las huellas de las balas.

Los dos orificios estaban muy juntos, separados apenas por cuatro o cinco centímetros, y a una altura de unos ciento veinte sobre el suelo. La mesita se hallaba a otro tanto de la ventana, lo cual indicaba que las balas habían seguido una trayectoria inclinada de unos cuarenta y cinco grados.

El tablero de la mesita había sido perforado por el primer proyectil, el que destrozó el vaso que usaba Christine. Me tendí en el suelo, procurando establecer una línea recta entre el orificio que había en el mueble y los de la ventana. Aquella línea terminaba en el borde del tejado del edificio situado enfrente.

Me puse en pie, uniéndome de nuevo a Christine

—Le prepararé otra bebida —dije, empezando a actuar.

—Hábleme, Pete, por favor —dijo ella ansiosamente—. ¿Ha conseguido averiguar algo?

Puse un vaso en sus manos. Yo tomé otro buen trago.

—El frustrado asesino —expliqué— estaba situado en la terraza del edificio frontero. Estoy seguro de que disparó contra nosotros con un rifle dotado de silenciador y mira, telescópica. De este modo, pudo pasar inadvertido.

—¿Inadvertido... con un rifle en las manos? —se extrañó Christine.

—Es fácil llevarlo desarmado en el estuche de un violín, por ejemplo —terminé mi vaso—. Y ahora sería inútil salir en su persecución. Ese edificio tiene tres ascensores y varias salidas. Todo cuanto hiciéramos sería inútil.

—¿Entonces...?

—Escuche, señorita Barlett, vamos a dar por sentado que son ciertas esas amenazas de muerte. Y lo digo después de haber sufrido los efectos de esos dos disparos... de aviso.

—¿De aviso...? —exclamó ella, muy extrañada—. ¿Significa eso que el asesino no tiraba a matar?

—Muy posiblemente. Si su rifle disponía de mira telescópica, pudo habernos matado a cualquiera de los dos antes de que hubiéramos tenido tiempo de enterarnos. Mi opinión es que solamente ha tratado de intimidarnos. Y no es eso lo peor, sino que a estas horas ya sabe que usted ha solicitado mis servicios.

Christine palideció terriblemente.

—¡Dios mío!

—En la guerra —dije—, lo importante es conocer al enemigo y sus intenciones. Él nos conoce a los dos; en cambio, nosotros no sabemos quién es y, salvo que quiere matarla, ignoramos por completo cuándo y cómo piensa llevar a cabo su propósito.

—Entonces, ¿qué va a hacer usted ahora, Pete?

Miré en torno mío. El teléfono estaba cerca.

Levanté el auricular y marqué un número. Me respondió una voz que parecía salir de las entrañas de la tierra.

—¿Quién diablos es el hijo de madre que osa interrumpir mi sueño matutino?

—¿Matutino y son las dos de la tarde? Vamos, Rock Belsigh,

despábilate y ponte en pie. Tengo un trábalo para ti. Quizá no me conozcas, pero en algún tiempo acataste mis órdenes sin rechistar.

—Todavía me acuerdo de cuando un bastardo sargento me hizo fregar el suelo de la trinchera en Kwl-Sang. ¡Fregar el suelo de la trinchera!... Pete, ¿tiene ganas de seguir todavía con el cuello intacto?

Me eché a reír. Rock Belsigh era así de pintoresco

—Rock, estoy en el ochocientos cuarenta y dos de Hampden Lane. Apartamento ocho efe. Ven para acá inmediatamente. Te ganarás veinte dólares diarios por no hacer otra cosa que comer y...

—¿Dormir? —preguntó mi amigo, esperanzado.

—¡No! Vigilar.

—¿A quién?

—Ven y lo sabrás. Por teléfono no puedo ser más explícito. Date prisa, Rock; es urgente.

Colgué y me volví hacia Christine.

—Supongo que podrá usted sufragar un gasto de veinte dólares diarios, además de mis emolumentos, señorita Barlett.

—Desde luego —contestó ella—. Pero, ¿quién es ese Belsigh?

—Un amigo mío, de toda confianza. Sirvió en la misma Compañía Aerotransportada que yo. Es tan grandullón que tenía que usar dos paracaídas a la vez, porque de lo contrario cada vez que saltaba del avión se hundía en la tierra hasta el cuello.

Christine echóse a reír. Era la suya una risa franca, alegre, cantarina, una risa encantadora y atractiva, en suma.

—Bien —dijo al cabo—, pero, ¿por qué lo ha llamado?

—Comprenda; alguien tiene que vigilar mientras yo me muevo. He de practicar indagaciones para ver si puedo hallar a ese presunto asesino, ¿comprende?

—Sí, por supuesto.

—Rock se quedará aquí y mientras no le diga lo contrario no se moverá de su casa, señorita Barlett. Y ahora voy a hacerle una pregunta. Debí haber empezado por ella, pero se me pasó.

—Sí, Pete

—¿Tiene usted alguna idea de los motivos que impulsan a su presunto asesino a obrar así?

Christine tardó unos segundos en contestar. Luego dijo:

—No, Pete.

Encendí otro cigarrillo. La cosa se presentaba difícil. Una mujer, bonita y atractiva, además de joven, había sido amenazada de muerte. Ella ignoraba quién era el autor de las amenazas, como también las causas. El círculo de sus conocimientos era sumamente reducido. ¿Quién diablos era, entonces, el individuo?

Christine cruzó la habitación y puso en marcha el tocadiscos. Un torrente de armonías surgió entonces de los altavoces. No soy muy amigo de la música, moderna o clásica, pero la «Sinfonía del Nuevo Mundo» de Dvorak es algo que siempre me ha subyugado.

Permanecemos sin hablar, escuchando la música, hasta que sonó el zumbador de la puerta. Entonces me levanté a abrir, mientras Christine apagaba el aparato.

La enorme mole de Rock Belsigh apareció ante mí. Yo no soy un alfeñique precisamente, pero Rock me pasaba casi veinte centímetros. Pero pesaba cien kilos, lo cual no le impedía moverse con la agilidad de un felino; tenía el torso de un barril y las manos como sacos de patatas. Hay héroes cuya mayor felicidad consiste en romper los paños de las puertas a puñetazos. Rock no hacía nunca tal cosa; su debilidad eran los tabiques de ladrillo.

—Hola —dijo, con voz que hizo billar los cuadros en las paredes—. ¿A quién hay que despenar?

—Pórtate como una persona decente. Rock —mascullé—. No hay que despenar a nadie, sino, al contrario, procurar que eso no suceda. ¿Has traído pistola?

Levantó ambos puños.

—¿Con esto... y me dices que si he traído pistola? Chico, tú estás mal de la cabeza.

De repente, sus ojos miraron detrás de mí. Añadió:

—Válgame Dios. ¿Quién es esa beldad?

Le sacudí un puntapié en la espinilla. Rock se frotó vigorosamente la extremidad afectada, en tanto que me lanzaba una mirada asesina. Pero tuvo, la suficiente cordura para no emitir uno de sus clásicos juramentos.

—Esta es la señorita Barlett —dije—. Señorita Barlett, mi amigo Rock Belsigh. Se encargará de custodiarla mientras dure mi ausencia.

—¿Cómo está, señor Belsigh? —saludó la muchacha

Rock extendió la mano, pero le detuve el ademán.

—Rock, dile que bien, gracias.

Me miró atónito.

—Bien, gracias —repitió,

Yo estaba apuradísimo. Rock tenía que enterarse del defecto de la muchacha, pero yo no caía cómo decírselo.

Fue ella misma la que resolvió tan embarazosa situación

—El señor Maxton olvidó decirle que no veo, señor Belsigh.

Rock abrió una boca de palmo. Se la cerré de golpe dándole con el dorso de la mano un seco golpecito en la mandíbula inferior.

—Oh, cuánto lo siento, señorita —dijo—. Verdaderamente...

—Bueno, dejémonos ya de preámbulos —exclamó con impaciencia—. Te lo voy a explicar en cuatro palabras, Rock.

—Soy todo oídos, Pete. ¿De qué se trata?

—La señorita Barlett ha recibido amenazas de muerte en varias ocasiones. Ignora quién es el autor y cuáles son los motivos. Ha contratado mis servicios para descubrirlo. Pero mientras hablábamos, el tipo nos ha largado dos tiros.

—¡Cáscaras! —exclamó Rock, usando la expresión más suave que encontró.

—Así ha sido. Y, claro, mientras yo trabajo en la calle, es preciso que alguien vigile a la señorita Barlett. Acamparás aquí y no te moverás ni para ir a comprar cigarrillos en la esquina, ¿estamos? Si te llaman por teléfono y te ordenan acudir a cualquier parte, no vayas, aunque sea yo el que te lo diga. Puedo tener una pistola en la nuca, ¿comprendes?

—Comprendo. La señorita Barlett no debe permanecer sola ni un solo instante.

—Cuando ella duerma, tú te echarás en el suelo, en la puerta de su habitación. Considérate de centinela permanente a partir de este momento, hasta que yo, en persona y cara a cara, te lo ordene, pero habrá siempre de ser en presencia de la propia señorita Barlett. ¿Estamos?

Rock levantó la mano derecha

—Estamos —dijo, y su voz era grave y resuelta.

Miré a la muchacha.

—Señorita Barlett —manifesté—, con Rock estará completamente segura. Quédese tranquila, se lo garantizo.

Ella se me acercó. Extendió su mano titubeante.

—Gracias, Pete —dijo con tono conmovido.

—Haremos todo lo posible por hallar a ese canalla que se ha atrevido a amenazarla —me costó un gran esfuerzo soltar su mano—. Y ahora, habrá de dispensarme, pero he de ponerme en campaña. Cuídala, Rock, o te arrancaré el cuero cabelludo sin anestesia.

—Para tocarle a ella el pelo de la ropa, tendrán que pasar por encima de mi cadáver —dijo el gigante

Y no mentía

Christine me hizo una oferta.

—Quizá necesite dinero, Pete —dijo.

—Por ahora puedo pasar. Si tuviera precisión de alguna suma importante y cuyo gasto estimase imprescindible, se lo pediría. Adiós.

—Adiós, Pete.

Salí del apartamento y me encaminé al ascensor, rumiando la forma en que iba a dar comienzo mis investigaciones.

Lo malo era que tenía tan poco campo donde investigar... Torrance, el conserje del edificio donde vivía ella; la señora Gehlson, Marty Dykens, ahora de vacaciones; Mac Kann, el abogado de Christine... y casi nadie más. ¿Por dónde empezar?

De pronto recordé una cosa: los disparos.

Sin pensarlo dos veces, me dispuse a cruzar la calle. Quizá el conserje de la casa donde vivía podría decirme algo.

Atravesé la acera y puse el pie en la calzada. Di dos pasos en la misma.

En aquel momento chilló una mujer.

Miré a derecha e izquierda. La mujer volvió a chillar y la sangre se me heló en las venas.

Un automóvil se arrojaba contra mí a más de sesenta millas a la hora.

CAPÍTULO IV

SE tarda más en contarlo que en ejecutarlo.

El coche volaba hacia mí. Y no podía esquivarlo, tanto si seguía mi camino como si trataba de retroceder. En cualquiera de los dos casos, bastaría un ligero toquecito al volante para alcanzarme con una aleta y lanzarme a gran distancia, muerto o, por lo menos, inutilizado por alguna de las ruedas del vehículo.

Lo hice justamente, cubriéndome instintivamente la cara con las manos. Una fracción de segundo después de haber tocado el suelo, el coche pasó rugiendo atronadoramente por encima de mí.

El motor me lanzó una ráfaga ardiente. Un segundo después, el coche había pasado y se alejaba raudamente.

Sonaron varios gritos de alarma. La gente corrió hacia mí.

Me puse en pie de un salto, limpiándome maquinalmente el traje. Un policía se me acercó a todo correr.

—No es nada —dije—. No he sufrido ningún daño.

—Lo llevaremos a un hospital, señor —dijo el guardia.

—Olvídelo. Salvo la caída, no he sufrido ningún golpe. Gracias de todas formas, agente.

—Si lo desea, puede formular una denuncia contra el conductor. He podido tomar el número de matrícula.

Iba a decirle: «Será falsa, con toda seguridad», pero me contuve a tiempo.

—Gracias otra vez. Me conformo con haber salvado el pellejo. No obstante, si me necesitaran para algo...

Le entregué una tarjeta con mi nombre y dirección. Después me desembaracé del grupo de curiosos y terminé de cruzar la calle.

Entré en mi casa, dirigiéndome al mostrador del conserje. Yo llevaba poco tiempo allí y era casi nuevo para Matt, que este era el nombre del referido.

—Buenas tardes, señor Maxton... —me saludó el hombre con cierta relucencia.

Por lo visto, los detectives privados no eran plato de su gusto.

—Hola, Matt —dije en tono intrascendente—. ¿Por casualidad ha entrado un músico hará una hora en esta casa?

—¿Un músico? —repitió el conserje.

—Sí, un tipo con un estuche de violín o algo parecido en las manos.

Matt se puso a pensar. Me dije que si se esforzaba demasiado tendría que tomarse luego un par de aspirinas.

Al fin levantó la cabeza.

—Ahora lo recuerdo. Sí, entró y se dirigió rectamente al ascensor.

—¿Cómo era? ¿Lo recuerda usted?

—Pues... llevaba gafas oscuras, una chalina muy grande, negra... y el pelo gris... Bueno, era una melena. Parecía un chiflado de esos que se pasan el día «ñiiiis... ñaaac», usted ya me comprende señor Maxton.

—Sí, vamos, un violinista.

—Exactamente, señor Maxton.

—¿Le vio salir, Matt?

—No, señor. Quizá esté todavía dentro del edificio, señor Maxton, aunque no sé a qué departamento pudo dirigirse.

—Muy bien, muchas gracias, Matt. Hasta luego.

Entré en el ascensor, tenía que cambiarme de traje nuevamente; el que llevaba había capturado unas cuantas manchas de grasa y necesitaba los servicios de un tintorero.

Después de cambiarme, cogí los prismáticos. Iba a salir cuando, de repente, sonó el teléfono.

Levanté el auricular.

—¿Peter Maxton? —preguntó una voz de tonos ambiguos. Lo mismo podía tratarse de un hombre que de una mujer.

—Sí, el mismo —respondí.

—Oiga un buen consejo. Lo de antes fue solo un aviso. La próxima vez tiraré a dar... y no a la señorita Barlett precisamente. Adiós.

El tipo colgó antes de que pudiera oponer la menor objeción, dejándome un tanto desconcertado. ¿Me conocía?

Estándome quieto, no conseguiría saberlo. Ya lo averiguaría más tarde.

Salí de mi departamento y me dirigí al ascensor. Subí hasta la terraza.

Estaba llena de antenas de televisión y en un rincón se veía un montón de cajas viejas, todas de madera.

Me situé en el parapeto de la terraza y busqué con los gemelos la ventana del departamento de Christine. El aparato óptico aumentó las imágenes de tal manera que pude ver los orificios de los proyectiles con toda claridad.

También se veía muy bien el interior de la estancia. Al fondo divisé una silueta clara; era Christine. Rock pasó ante mi campo de visión, con un montón de revistas en una mano y un vaso en la otra. Se sentó lejos de la ventana, pero sus facciones eran claramente distinguibles.

Desde aquel punto, la distancia era menor de los cien metros, por lo tanto, había que creer al asesino que los disparos habían sido de advertencia. Pero, ¿y el ataque con el automóvil?

Esto ya no había sido una advertencia, sino una intentona bien definida de apartarme de en medio. Quizá confiaba el asesino en mi agilidad para salvarme, acaso solo pretendía enviarme al hospital por una temporada. Fuera como fuese, el caso era que me había salvado literalmente por los pelos.

Dejé de escrutar el departamento de Christine y empecé a examinar el terreno en torno mío. Por supuesto, el individuo había sido lo suficientemente listo como para no dejar tras sí la huella comprometedora de dos cartuchos vacíos.

De repente se me ocurrió una idea. Muy posiblemente, el tirador del rifle y el conductor del automóvil habían sido una misma persona. Ahora bien; después de disparar, el tipo había debido darse prisa en huir, temiendo una posible sorpresa en la misma terraza.

Matt, el conserje, no le había visto salir. Uno de los ascensores daba a la puerta opuesta, a Washington Square. Pero la manzana era muy grande, y de haber utilizado aquella salida hubiera perdido un tiempo precioso, ya que, si se trataba de una misma persona, tenía que haber contado con la eventualidad de una rápida reacción mía, que no se había producido, en parte, porque había estado esperando a Rock, y porque no confiaba en sorprenderle, por otro

lado.

Para esperarme con tiempo, tenía que haber utilizado la entrada que vigilaba Matt. Pero el conserje no había visto salir al falso músico. ¿Qué había, hecho este entonces?

Despojarse del disfraz, evidentemente.

Me fui hacia los cajones viejos y empecé a removerlos. No tardé mucho en encontrar un estuche de violín, dentro del cual había una peluca con los cabellos entrecanos. También había unas gafas oscuras.

Y adamas, un objeto cuyo hallazgo me llenó de extrañeza: un cinturón de impermeable.

¿Qué diablos hacía allí el cinturón?

Empecé a pensar. No tardé en hallar lo que creía la solución.

El individuo había traído el rifle y el impermeable dentro de la caja. Un poco apretados, cabían ambos objetos. Después de hacer sus dos disparos se había quitado las gafas negras y la peluca, poniéndose el impermeable, el cual le había servido para cubrir el rifle. Pero no lo podía llevar debajo de la prenda con el cinturón puesto, porque entonces se hubiera notado un abultamiento extraño, que habría podido hacerle sospechoso.

Muchos llevan los impermeables sin cinturón o con el cinturón suelto y esto no extraña a nadie. Claro que el tiempo era bueno y soleado, pero estábamos en primavera y por las noches hacía todavía algo de fresco, debido a la proximidad de las montañas.

Era lógico que Matt no hubiera advertido la salida del individuo. Su aspecto podía haber cambiado notablemente y hasta a mí, de no estar prevenido, podía haberme engañado con toda facilidad.

En la terraza ya no tenía nada que hacer. Recogí el estuche del violín para llevármelo a mi departamento, pero de pronto se me ocurrió que quizá el asesino podía volver a recogerlo, por lo que lo dejé en el mismo sitio, aunque llevándome una cosa que podía serme útil: el cinturón del impermeable.

Dejó los prismáticos en mi apartamiento y bajé de nuevo al vestíbulo. Volví a interrogar a Matt.

—Oiga —pregunté—, hará cosa de dos horas, un tipo con impermeable claro ha salido de la casa. ¿Lo ha visto usted, Matt?

El conserje estaba extrañadísimo. En tres meses apenas le había dirigido la palabra y ahora, en pocos momentos, le estaba acostando

a preguntas.

—¿Con impermeable? —repitió estólidamente—. No recuerdo, señor Maxton.

—Está bien —rezongué—. Gracias por todo.

Salí a la calle y llamé un taxi. Una vez dentro le facilité la dirección

—North Street, ciento noventa y cinco.

Iba a ver a la señora Gehlson.

El taxi me depositó en mi destino quince minutos después. Aboné el importe del trayecto y salté fuera.

Crucé la acera, entré en la casa. Esta era de tipo antiguo y no tenía portero. Tampoco tenía ascensor, de modo que tuve que tragarme a pie cuatro pisos antes de encontrar el apartamento de la señora Gehlson.

Llamé a la puerta sin obtener contestación. Esto me extrañó un poco. Por los informes que me había facilitado Christine, la señora Gehlson debía estar en su casa a aquellas horas.

Vacilé unos instantes. Al fin me resolví a entrar como fuera.

Hurgué en mis bolsillos y encontré un alambre que doblé en forma conveniente. Después de unos tanteos conseguí que la cerradura cediese.

Empujé la puerta lentamente. De pronto sentí una extraña premonición, como si una voz misteriosa me avisara de que no estaba solo.

Me detuve en el umbral, con la mano en la culata de mi pistola. Di un paso hacia adelante.

En aquel momento percibí un leve siseo de una respiración mal contenida. Quise volverme y recibí un fenomenal golpe en la cabeza que me hizo caer de espaldas, pero no a lo largo, sino como si fuera a sentarme en el suelo.

Al caer traté de agarrarme a algún objeto que disminuyera la violencia de mi caída. Mis dedos se engarfiaron en torno a algo que parecía tejido.

El golpe me había aturdido hasta tal punto que casi no podía ver lo que sucedía a mi alrededor. Solo pude distinguir una masa blanquecina frente a mí, un segundo antes de que una rodilla se estrellaba contra mi mandíbula con devastadores efectos.

CAPÍTULO V

DESPERTÉ pasado un tiempo prudencial, cuya duración no pude calcular.

Lo primero que sentí fue un terrible dolor en la mandíbula. Me la tanteé con precaución, comprobando que, afortunadamente, no estaba fracturada. Inspiré unas cuantas veces, hasta que los mareos cedieron.

Entonces me senté en el suelo y advertí que tenía algo entre los dedos de la mano derecha. Miré aquello con estupor, advirtiéndome que era un trozo de tela lo color claro.

El trozo mediría unos diez centímetros de largo y por su textura supe que había pertenecido a un impermeable. El color era claro, el mismo que el del cinturón que había encontrado en la azotea del edificio donde residía.

No me cabía la menor duda de que había ido a coincidir con el hombre que había disparado contra nosotros. Pero, ¿qué hacía allí el individuo?

La sangre se me heló súbitamente en las venas. ¡Estaba en casa de la señora Gehlson!

Me puse en pie de un salto, olvidando mis dolores. Avancé unos pasos hacia el interior y encontré a la señora Gehlson.

Muerta.

Estaba sentada en una silla, a la cual había sido amarrada con tiras de sábana. Un hilillo de sangre medio seca discurría por su sien izquierda, pero no era este golpe el que la había causado la muerte, sino la cuerda que rodeaba su cuello, profundamente hundida en la carne.

El golpe había servido para atontarla primero. Después, el asesino la había atado a la silla... ¿para interrogarla quizá? Y, finalmente, con objeto de no dejar tras de sí identificaciones

peligrosas, la había estrangulado fríamente.

El aspecto que presentaba el rostro de la señora Gehlson era espantoso. En vida había sido una mujer corpulenta y de recia complexión, que todavía no había cumplido el medio siglo. Había tardado mucho en morir, lo cual no había facilitado las cosas precisamente. Quizá por eso mismo la había atado el asesino, para evitarse forcejeos estériles.

Dominando mis aprensiones, fui a examinarla. Pero entonces llegó a mis oídos el ulular de una sirena policíaca.

Me dije que lo más conveniente para mí en aquellos momentos era largarme. Si me encontraban junto al cadáver de la Gehlson, iba a verme en un serio aprieto. Conque sin pensármelo dos veces, corrí hacia la puerta, no sin antes tener la precaución de guardar en el bolsillo el trozo de tejido que le había arrancado al asesino.

Salí al corredor. Maldije en voz baja. La sirena se oía ya al pie de la casa, en disminución. Esto quería decir que los agentes estaban a punto de saltar del automóvil.

Miré desesperado en torno mío. La topografía del edificio me era completamente desconocida y hacia cualquier parte que pretendiera huir podía cometer una terrible equivocación.

En aquel momento, cuando más irresoluto estaba, cuando ya oía abajo las voces de los policías, se abrió una puerta.

Una voz me llamó.

—¡Eh, oiga! ¡Venga!

Giré en redondo. Una mujer joven y bastante atractiva me llamaba, haciendo con la mano un gesto significativo.

Corrí hacia ella, metiéndome en su departamento sin más preámbulos. Ella cerró la puerta con llave y yo tuve que apoyarme en la pared, falto de aliento. Las pisadas de los patrulleros se oían cada vez con mayor claridad.

Miré a la mujer. Calculé que tendría unos treinta años, muy cargados de experiencia amorosa. Era de mediana estatura, opulenta de carne y labios sensuales. Tenía el pelo castaño rojizo y los ojos verdes. Vestía una bata casera, muy ajustada a sus formas provocativas, la cual estaba abierta hasta enseñar una rodilla bien torneada, aunque desnuda de seda.

—Gracias por ayudarme —dije, todavía sin resuello—. Pero si me encuentra la policía, me veré en un serio aprieto.

—Lo sé —dijo ella—. Por eso le hice entrar aquí. Vamos, pronto, quítese la chaqueta y el sombrero. Siéntese en ese diván, rápido. Antes de diez minutos los vamos a tener aquí.

Hice lo que me decía. La mujer respingó al ver el arnés de mi pistola, pero no dijo nada, limitándose a esconderlo bajo el asiento del diván. Luego se colocó a mi lado. Delante había una mesita con una botella y dos vasos.

—Me llamo Butzi Jabor —dijo. En la mesita había también cigarrillos. Encendió dos a la vez y me puso uno en los labios—. No temas decirme tu nombre —me advirtió, observando mi reluctancia —; soy discreta y sé callar.

Parecióme que la chica podía ser de confianza. Aunque en su rostro había cierta dureza, sus ojos indicaban bondad de alma, bondad que debía esconder a la fuerza, dada la vida que parecía llevar.

—Peter Maxton, detective privado. Pete, para los amigos —contesté.

—Me lo suponía. Tu forma de actuar es clásica.

Respingué. Mientras en el piso contiguo se oía un fenomenal alboroto, ella se echó a reír.

—Desde mi casa se oye todo —dijo—. Además, estuve atisbando por la puerta cuando te oí llegar y vi cómo forzabas la cerradura.

—Eres muy curiosa, a lo que parece, Butzi. Y ya que hablamos de curiosidad, ¿puedes decirme si has oído algo en el piso de al lado?

—Algunas cosas. Quizá te interesa conocerlas. Pete —contestó, exhalando una bocanada de humo.

—¿Estás segura? —exclamé—. Dime qué has oído, Butzi, y te aseguro que mi agradecimiento...

La fulana extendió la mano derecha, con la palma hacia arriba.

—Mira, Pete, seamos francos. Tú venías a ver a la señora Gehlson y por lo que estoy viendo en tu mandíbula te han sacudido de firme. Un detective privado no trabaja por amor al arte, ¿no es cierto?

—Comprendo —respondí—. ¿Cuánto?

—Quinientos.

La petición me contrajo el estómago.

—¡Demonios, Butzi!

—Lo siento —dijo ella fríamente—. No te echaré de aquí ahora —señaló el tabique que teníamos a nuestra espalda—, porque yo también me comprometería. Pero si quieres saber lo que he oído, suelta quinientos «pavos» o me volveré tan muda como una tumba.

—Antes, cuando me llamaste, me pareciste un ángel —mascullé—. Ahora empiezo a rectificar mi opinión, Butzi.

Ella se encogió de hombros.

—Lo siento, chico, pero han de ser quinientos o nada. Y ya es bastante con haberte hecho este favor.

—Lo has hecho para sacarme el dinero —acusé.

—Claro —respondió tan fresca—. Un detective privado obra siempre por cuenta de un cliente. Sácaselos a tu cliente.

—Y... —me rasqué la mejilla—, ¿qué oiré a cambio?

—El nombre del asesino.

—De modo que sabes que tu vecina, la señora Gehlson, ha muerte asesinada.

—Sí.

—Y ella pronunció su nombre antes de morir.

—Sí.

—¿Te das cuenta de que estás metida en un lío de todos los demonios, Butzi?

—Sí.

—¿Es que no sabes decir otra cosa? —renegué.

—Sí: Quinientos dólares.

—No los tengo encima, Butzi.

—Búscalos. A las diez de la noche puedes encontrarme en el Spring, Parga Street, 405. Entonces sabrás el nombre del asesino.

—¿Y por qué no se lo dices a la policía?

—Porque ellos no me darán los quinientos dólares. Pete. ¿Está claro?

Estaba. Pero no los llevaba en aquel momento.

—Bueno, búscalos, eso es cuenta tuya. Y el tapar tu presencia aquí, es gratis, Pete, de modo que aún sales ganando.

—Bien, me tienes cogido por el cuello, Butzi. A las diez, en el Spring —y me puse en pie, en el momento en que unos puños aporreaban la puerta.

Butzi se levantó, abriéndose el escote de la bata hasta la cintura.

—Aflójate la cortaba, Pete —dijo, mientras se encaminaba hacia

la puerta.

Al llegar allí, se volvió ligeramente y me hizo un guiño. Adopté una postura indolente, con un pitillo en los labios, el vaso en la mano y esperé.

Parecía que iban a tirar la puerta abajo; ¡qué manera de aporrearla!

De pronto, Butzi hizo girar el pomo y la abrió de golpe. Un policía entró trastabillando en el departamento. Se rehízo enseguida y nos miró con hostilidad.

Butzi se apoyó la mano en la cadera, haciéndola resaltar. Exhaló una sarcástica carcajada.

—¡Vaya, pero si es mi buen amigo el sargento Davidson! ¿Qué le trae por aquí, sargento?

Davidson era lo que parecía: un policía, alto, cuadrado, de ojos duros y mandíbula agresiva.

—¿Quién es ese? —preguntó, señalándome.

Butzi se alzó sobre las puntas de los pies y le tiró el sombrero al suelo.

—Descúbrase cuando este en presencia de una dama, ¡grosero!

Davidson dio una vuelta en redondo, como si buscase algo. Luego, poniendo cara de inocencia, me preguntó:

—¿Ha visto usted a alguna dama por aquí?

Me abstuve de contestar, dedicándome de lleno al whisky y al cigarrillo. Butzi se enfrentó de nuevo con el sargento.

—Bueno, ¿se puede saber qué diablos sucede? ¿Por qué tiene que venir a interrumpirnos en lo mejor, Davidson?

—¿Quién es ese? —me señaló con el pulgar.

—Pete.

—Pete ¿qué?

—Que se lo diga él si quiere —gruñó la fulana, encogiéndose de hombros.

El policía me miró.

—Maxton, sargento —dije amablemente.

—¿Qué hace usted aquí?

—Todo lo contrario de usted —respondí con la misma amabilidad.

El rostro de Davidson se puso al rojo vivo.

—¡Esa no es una contestación! —bramó.

—Perdone, creo que es la única que corresponde.

Davidson abrió y cerró los puños convulsivamente. Era evidente que se contenía a viva fuerza.

—Estoy investigando un asesinato que se ha cometido en el departamento de al lado. ¿Han oído algo o visto cualquier cosa que pueda parecerles sospechosa?

—No —dijo Butzi.

Me encogí de hombros.

—Con Butzi al lado —manifesté alegremente—, lo único que se oyen son campanas.

—Gracias, guapo —me dijo la individua.

El sargento se fue hacia el tabique que había a mis espaldas y lo golpeó con los nudillos.

—Estos tabiques son de papel. Es imposible que no hayan oído nada —masculló.

Butzi vino y se sentó en mis rodillas, enroscando sus brazos en torno a mi cuello.

Sonrió con descaro.

—Así no se oye nada, sargento.

Davidson se mordió los labios. Permaneció unos momentos indeciso; luego, repentinamente, dio media vuelta y se largó con un atroz portazo.

Me puse en pie. Olvidando que tenía aún a Butzi sobre mis rodillas, la hice sentarse en el suelo sobre el carnoso final de su espalda. La individua juró algo entre dientes y poniéndose en pie, se frotó con fuerza la región afectada.

—Podías tener un poco más de cuidado, tú —dijo, enojada,

Me dirigí hacia la puerta, después de arreglar mi indumentaria.

—Dispensa, chica. Ahora tengo que irme.

—¿Con todos esos policías ahí afuera? —preguntó ella extrañada,

—No tengo otro remedio, preciosa. He de recaudar tus quinientos dólares, ¿lo recuerdas?

Ella hizo un gesto de conformidad.

—Sí, tienes razón. Bueno, no lo olvides, a las diez en punto en el Spring.

—Estaré allí con el dinero, pero ¡pobre de ti si no me dices lo que deseo saber!

—Siempre cumplo lo que prometo —dijo ella. Pero cuando intentó besarme, la rechacé.

Ella hizo un gesto de indiferencia. Abrí la puerta y salí al exterior.

El corredor estaba lleno de policías, unos de uniforme y otros de paisano, Davidson entre estos.

El sargento me miró con aire suspicaz.

—¿Ya ha terminado, Pete? —dijo sarcásticamente.

—¿Ha visto usted alguna vez los efectos de un chorrito de jugo de limón en un vaso de leche fresca, sargento? —contesté sin amilanarme—. Lo mismo nos ha pasado a Butzi y a mí con usted. Reanudaremos el diálogo en mejor ocasión. Adiós.

Bajé la escalera. Al llegar a la calle, llamé un taxi. Detrás de mí, un policía hizo algo parecido.

Era evidente que el sargento no se fiaba de mí del todo y que quería seguir mis pasos. Pero esto era algo que no me convenía, por lo que, mientras el coche rodaba en dirección al domicilio de Christine, me di a pensar en una forma de esquivar a mi perseguidor.

Al fin la encontré. Era un cine de actualidades, de los que solo proyectan noticiarios y documentales. Detuve el taxi, pagué y me acerqué a la taquilla,

Saqué un boleto y entré. Un acomodador me guio hasta mi butaca. Apenas hubo dado media vuelta el empleado, me deslicé a todo lo largo de la fila de hatacas, elegida expresamente porque estaba vacía.

Mientras realizaba tal movimiento, pude ver una silueta tras la movediza luz de una linterna. No me cupo la menor duda de que era el policía que me seguía.

Di la vuelta entera al patio de butacas, dirigiéndome a la salida con toda tranquilidad y retorné a la calle. Antes de que el agente pudiera percatarse de mi maniobra, ya estaba a bordo de otro taxi.

Un cuarto de hora más tarde me hallaba de nuevo ante el domicilio de Christine. Para entonces eran ya las siete de la tarde.

CAPÍTULO VI

ROCK me sometió a un exhaustivo examen a través de la mirilla, antes de franquear la entraña. Cuando abrió, vi en su mano una pesada figurilla de metal dorado.

—Soy yo —dije, molesto—. ¿Ha ocurrido algo de particular?

Rock dejó la figura sobre una consola próxima.

—Nada, todo sigue igual.

Tiré el sombrero a un rincón. El tocadiscos estaba funcionando con algo que me pareció la obertura de Rosamunda, de Schubert.

Entré en la habitación donde estaba Christine. La joven se puso en pie al percibir mis pasos.

—Soy Pete, señorita Barlett —dije.

Ella exhaló un audible suspiro de satisfacción.

—Me alegro de oírle, Pete. ¿Está bien?

—Digamos que sí, señorita Barlett —contesté—. Rock, ¿quieres darme algo de beber?

—Claro, Pete.

Me senté frente a ella. Christine me imitó, con las rodillas muy juntas, volviendo su rostro hacia mí con gesto ansioso. ¡Lástima de sus ojos en la oscuridad!

Guardé silencio hasta que Rock me hubo entregado el vaso. Tomé un buen sorbo antes de hablar.

—Señorita Barlett, ¿qué opinión le merecía a usted la señora Gehlson?

—Buena. ¿Por qué lo pregunta, Pete?

—¿Llevaba mucho tiempo limpiándole el departamento?

—Unos tres años, más o menos.

—Y en este tiempo, sin duda, usted había llegado a tomarle algún aprecio.

—Pues, sí, claro, aunque no fuera más que por la costumbre de

sentirla a diario —vi que Christine se alarmaba de pronto—. Pete, ¿qué le ha sucedido a la señora Gehlson?

Apuré el vaso y se lo di a Rock para que volviera a llenarlo.

—Deberá ser fuerte, señorita Barlett. Las noticias que tengo acerca de la señora Gehlson no son muy buenas.

Christine se llevó ambas manos al pecho.

—¡Dios mío! —musitó.

—Ha muerto. Asesinada —dije casi brutalmente.

—¡No! —gritó la joven.

—Lo siento. Yo mismo he visto el cadáver. No cabe la menor duda.

Christine se derrumbó en el sillón. Había desfallecido terriblemente.

Hice señas a Rock de que le preparase algo de beber. El gigante obedeció en silencio.

Los dientes de Christine castañetearon al tocar en el vaso. Bebió un par de sorbos y el licor pareció reanimarla.

—Me... me parece imposible que la señora Gehlson haya podido morir, Pete —dijo al cabo;

—Pues así ha sido. Alguien la estranguló para que no hablara.

—Pero ¿quién, Pete, quién ha podido cometer un crimen tan canallesco?

—El mismo individuo que la amenazó a usted y que disparó con su rifle contra nosotros. Eso es todo... salvo que tengo una pista infalible para dar con él.

Christine se irguió en el sillón, como sacudida por una descarga eléctrica.

—¿Es cierto eso, Pete?

—Sí.

Y acto seguido le relaté todo cuanto me había sucedido con Butzi.

Christine se puso en pie.

—Le daré los quinientos dólares, Pete —exclamó resuelta—. Y si hace falta emplear más dinero, pídamelo sin vacilar. Afortunadamente, estoy en buena posición.

Con paso lento, pero seguro, se encaminó hacia un «secreter» cercano. Tanteó con las manos extendidas y se sentó ante el mueble, extrayendo una llavecita del interior de su seno, la cual llevaba

pendiente de una cadena de oro. Abrió un cajoncito y extrajo un fajo de billetes, que contó lentamente.

—Siempre tengo numerario en casa —dijo, medio vuelta hacia mí—. Por supuesto, también tengo un talonario de cheques, pero ya es tarde para entregarle uno y calculo que a esa mujer le interesará más el dinero en forma fácilmente transformable, ¿no es así?

—Ciertamente, señorita Barlett.

Christine cerró el «secreter» y volvió a su sillón. Extendió la mano derecha, tanteó el respaldo y se sentó.

—Aquí tiene —dijo, entregándome el dinero—. Cuente a ver si falta algo.

La cantidad era la justa. Guardé los billetes en el bolsillo.

—Pete, ¿qué hará usted cuando sepa el nombre del asesino?

Vacilé. Esta era una posibilidad en la cual no había pensado todavía.

Resultaba muy difícil acusar a una persona, basándose tan solo en el testimonio de una mujer de dudosa reputación, como era Butzi. Además, Butzi no poseía corroboración a sus palabras, esto es, no podía presentar a otra persona que hubiera oído lo mismo que ella, por lo que su declaración difícilmente hubiera sido aceptada por un jurado, a menos que de ella se hubiesen derivado otras pruebas concluyentes.

—Verá —dije—, lo primero es saber quién ha sido el hombre que mató a la señora Gehlson. Cuando lo sepa, podremos enterarnos por qué la mató, cosa muy importante también y que no alcanzo a comprender. Y, por último, podremos detener esa amenaza de muerte que pesa sobre usted, señorita Barlett.

Ella asintió. Y como yo no tenía ya nada que hacer allí, por el momento, me puse en pie.

Christine notó mi movimiento.

—¿Se marcha, Pete?

—Sí. Tengo que hacer.

—Esperaré levantada su vuelta, Pete.

—Como quiera. Hasta más tarde.

Y salí.

Al llegar abajo se me ocurrió una cosa.

Me acerqué al conserje.

—¿Es usted Noah Torrance? —pregunté.

—No. Noah dejó el turno hace media hora. Yo le relevo hasta las siete de la mañana.

—Gracias.

Tenía que hablar con Torrance, pero, estimaba, no era demasiado urgente, así que, con tranquilidad y sin prisas, me encaminé al Spring.

Entré en el local, situado en la parte baja y menos acogedora de la ciudad. La gente que componía la clientela del Spring no tenía nada de recomendable y, estoy seguro, más de la mitad tenían sus nombres fichados en los archivos de la policía.

Me senté en una mesa situada en un rincón, desde el cual podía vigilar la entrada al par que guardaba mis espaldas. Tenía apetito y pedí un «sandwich» y una cerveza.

Entretuve el tiempo mientras comía. Luego esperé.

Dieron las diez. Butzi no aparecía.

Las once. La individua seguía sin dar señales de vida. Empecé, más que a impacientarme, a sentir un poco de alarma.

A las doce de la noche me puse en pie. Estaba visto que Butzi ya no vendría.

Regresé lentamente a mi casa. ¿Por qué no había acudido Butzi a la cita?

Llegué a mi apartamento y tomé el teléfono, marcando un número.

La voz de Christine contestó ansiosa a mi llamada.

—¿Si, Pete?

—Lo siento. Butzi me ha dado plantón. Buenas noches —y colgué.

Me desnudé, poniéndome un pijama, sumamente preocupado.

En un solo día había corrido más aventuras que en un mes. El encargo de buscar a un presunto asesino, dos atentados, el descubrimiento de un crimen... ¿Qué diablos significaba todo aquel embrollo?

Pero lo más importante para mí era: ¿Por qué querían asesinar a Christine Barlett?

Era una muchacha de buena posición económica, ella lo había confesado, y además, se veía fácilmente en su forma de vivir.

¿Era su mismo dinero el causante de aquellas amenazas?

Esta era una posibilidad digna de tenerse en cuenta. Sí, tendría

que investigar ese punto.

Animado de tal resolución, me dormí como un tronco.

Desperté por la mañana, pero no por mi voluntad, sino por el repiqueteo del timbre de mi teléfono.

—¿Diga? —murmuré con vos soñolienta.

—¡Pete!

La vos de Butzi, que reconocí al instante, me hizo dar un bote en la cama.

—¡Butzi! ¿Dónde diablos estás? ¿Por qué no acudiste anoche al Spring, como habías prometido?

—Escucha, Pete —exclamó la individua, muy excitada—. Si, acudí al Spring, pero cuando ya estaba cerca, pude darme cuenta de que me seguían. Quizá fueran solo aprensiones mías... pero el caso es que me entró un pánico espantoso y hui. Lo siento, Pete, lamento mucho haberte dado el plantón... pero anoche no dormí en mi casa.

—Bueno, ¿y ahora, dónde diablos estás?

—En un hotel, en el 526 de Virginia Street. Habitación sesenta y ocho. Pregunta por Dinah Brewster; así me registré anoche.

—Muy bien. Conforme, Butzi. Escucha, tengo ya el dinero. No te muevas de ahí en absoluto... ¿Sabes si te siguieron hasta el hotel?

—Conseguí despistarlo, creo —respondió ella.

—Perfectamente. No te muevas hasta que llegue yo —y me dispuse a colgar.

Pero en el momento en que despegaba el aparato de mi oreja oí un «¡click!» que sonó una décima de segundo antes de que se oyera el del teléfono que había usado Butzi.

Miré el auricular. Aquel «¡click!»...

Una súbita sospecha invadió mi mente. El teléfono estaba intervenido.

¿Por la policía?

Me pareció sumamente improbable. Entonces, si no era la policía, ¿quién?

Salté de la cama, poniéndome unas zapatillas y una bata. Luego corrí hasta la puerta de salida que abrí cautelosamente.

Era evidente, según mi forma de pensar, que el tipo que había estado escuchando nuestro diálogo tenía que hallarse en una habitación contigua. Lo hace la policía, que dispone de medios ilimitados para intervenir un teléfono, cuanto más un simple

particular. Luego ese tipo tenía que hallarse forzosamente en una de los departamentos vecinos al mío, uno de los dos contiguos, con toda probabilidad.

Y no tardé mucho en confirmar mis sospechas. Unos pasos sonaron rápida y cautelosamente en el corredor.

Un hombre se deslizó furtivamente hacia el ascensor. Era pequeño, enclenque, esmirriado, una porquería de hombre, en suma.

El fulano no se dio cuenta de mi espionaje, de modo que pasó por delante de mi puerta, sin percatarse de que le había visto, obsesionado por la idea de largarse cuanto antes.

Entonces, una vez me hubo rebasado, abrí la puerta, salí y le agarré por el cuello de su chaqueta y tiré con fuerza hacia mí.

El tipo voló por los aires. Quiso lanzar un grito, pero cuando abrió la boca ya estaba, dentro de mi departamento.

Aflojé los dedos. El tipo cayó al suelo.

Y entonces me dispuse a interrogarle.

CAPÍTULO VII

TENÍA la cara de ratón y los ojillos, menudos y vivaces, eran tan movedizos como los de un roedor de los citados. Su nuez le sobresalía por encima de un grasiento cuello de camisa y se le movía espasmódicamente, a causa del terror que sentía.

Le dejé incorporarse. Cuando estuvo en pie le arreé un golpe que lo hizo volar hasta el lado opuesto de la habitación. Cayó al suelo y se quedó dormido.

Fui hacia el teléfono y, después de buscar en la guía, me puse en contacto con Butzi.

—Escucha —dije—. Han surgido complicaciones. Pero iré, a pesar de todo, aunque un poco más tarde Me esperarás, ¿no es cierto?

—Desde luego, Pete. ¿Qué es lo que sucede?

—Ya te lo contaré más tarde, nena. Ahora pide el desayuno y entretente un poco. Hasta luego.

Colgué y volví junto al hombrecillo, que seguía desmayado. Lo agarré de nuevo del cuello de su chaqueta y lo arrastré hasta el cuarto de baño, depositándolo sin ninguna ceremonia en el interior de la bañera. Luego abrí el grifo del agua fría,

Esperé.

El hombrecillo se despertó minutos después, lanzando gritos de pavor. Trató de salir de la bañera, pero le empujé adentro, apoyando la mano en su cara ratonil.

Realizó dos o tres intenciones, hasta que, convencido de la esterilidad, de sus esfuerzos, quedó sentado dentro de la bañera, con el agua hasta la cintura.

—Bueno —dije, inclinándome agresivamente hacia él—, vamos a hablar con toda claridad. Has estado escuchando la conversación que he sostenido hace unos momentos con una dama, ¿no es cierto?

Estaba tan abatido que no intentó negarlo siquiera.

—Sí —dijo con voz ahilada.

—¿Por orden de quién? —demasiado sabía que el tipo era un esbirro, no el verdadero asesino.

—No lo sé.

—Escucha —dije—, no me hagas perder el tiempo y, con el tiempo, la paciencia. Sería mejor para los dos que hablaras claro de una vez. Explica todo lo que sabes y así nos ahorraremos ambos muchas molestias.

El agua seguía cayendo en la bañera. Ya le llegaba al pecho.

—Fue... un hombre me buscó. Me dijo que debía hacer una conexión en su teléfono y esperar a que usted hablase. Entonces debía tomar nota de lo que oyera y comunicárselo.

—¿Por teléfono también?

—No.

Respiré. De haber sido de esta última forma, el asesino estaría enterado a estas horas del escondite de Butzi.

—Sigue —dije—. ¿Dónde tenías que verle?

—Esta mañana, a las diez, en el Spring.

Respingué sin poder evitarlo. ¡El Spring!

—¿Sabes cómo se llama el individuo?

—No, no me dijo su nombre.

—¿Qué aspecto tiene?

—Bueno... corriente, alto, cabellos castaños, ojos oscuros, viste de una manera normal... Me ofreció doscientos dólares por establecer la conexión... Hace años trabajé para la Western Unión y...

—¿Quién diablos le dijo que tú podías hacerle la faena?

—El dueño del Spring, calculo. Supongo que el individuo necesitarla un hombre como yo... y acudió a buscarlo allí. Entonces, Jerry...

—¿Jerry es el dueño del Spring?

—Sí.

—Continúa.

—Bueno, pues ya no hay más que decir. El tipo me indicó el lugar donde debía actuar... y eso es todo.

—¿Cuándo estableciste la conexión?

—Ayer, a las cinco de la tarde.

Reflexioné. Después de esa hora, yo no había usado mi teléfono hasta unos momentos antes, lo cual significaba que solo habían oído mi diálogo con Butzi.

Este era un tanto a mi favor. Por lo menos, el asesino, que debía sospechar de Butzi, continuaba ignorando el escondite de la joven.

—Muy bien —dije—. A las diez, en el Spring.

—Sí —contestó el hombrecillo, muy abatido.

—Escucha, ¿quién te facilitó la entrada al departamento contiguo?

—El conserje. Se lo alquilé.

—¿Torrance?

—Sí.

Cerré el grifo del agua fría.

—Muy bien —dije—. Ya puedes salir. Quítate la ropa y sécate.

—¿No me va a dejar ir? —preguntó el hombrecillo, con la aprensión retratada en sus ojos.

—No —sentencié—. Te quedarás aquí...

De repente echó a correr hacia la puerta. Le puse la zancadilla y cayó cuan largo era.

Tenaz, se levantó. Le agarré por la pechera de la camisa y estrellé mi puño contra su rostro. Puso los ojos en blanco y se desmayó.

Lo até con unas cuantas tiras de sábana. Luego, cargando con él, lo metí en mi armario ropero, a fin de que pudieran hacer la limpieza sin estorbos.

Media hora después, había desayunado y estaba listo para salir. Aún faltaban cuarenta y cinco minutos para las diez, de modo que podía permitirme el lujo de acudir al Spring con toda tranquilidad.

Llamé a casa de Christine. Rock me informó de que todo marchaba bien. Colgué y emprendí el camino.

A las diez menos diez minutos estaba en el Spring. Sentóme en la mesa de la noche anterior y pedí una taza de café. Encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar.

El Spring estaba casi vacío a aquellas horas. En un rincón había tres tipos de mala catadura, planeando un golpe sin duda; un viejo hacía solitarios en un rincón con una mugrienta baraja y en otra mesa, una individua de inequívoco aspecto esperaba con melancólica resignación la llegada de algún cliente despistado.

A las diez en punto se abrieron las puertas del bar y un individuo entró en el mismo, dirigiéndose rectamente al mostrador. Tal como me lo había descrito «Ratoncito», era corriente, pero nada endeble. Se cubría con un sombrero gris y llevaba gafas de color y un espeso bigote negro.

El tipo escrutó el local. Me cubrí el rostro, simulando encender un cigarrillo con gesto inocuo. Sentí su mirada clavada en mí, pero supe dominarme y no corresponder con otra mirada.

Al cabo de unos segundos me atreví a levantar los ojos. El fulano estaba consumiendo tranquilamente una taza de café.

Me eché el sombrero sobre los ojos y me puse en pie. Caminé hasta el mostrador, situándome a su lado.

—Tengo noticias para usted —dije, hablando solo con un lado de la boca y sin mirarle—. Del detective.

—¿Qué diablos está diciendo? —gruñó, tratando de salvaguardar las apariencias—. No conozco a ningún detective.

El tipo se sobresaltó enormemente. La taza casi se le cayó de las manos.

—¿De veras? Oiga, ¿no esperaba aquí a un tipo llamado...?

Me interrumpí. ¡Estúpido de mí; ni siquiera sabía el nombre de «Ratoncito»!

El individuo giró un poco. Sus ojos arrojaban chispas.

—Está molestándome —masculló—. Lárguese.

—No tan deprisa, hermano. Antes, usted y yo...

De repente, el fulano me clavó la rodilla en la ingle.

Un dolor lancinante me subió desde el bajo vientre hasta la garganta, provocándome una enorme náusea. De modo inconsciente, vime obligado a curvarme sobre mí mismo, a la vez que me agarraba la región afectada con ambas manos. Creí que iba a morir.

El tipo no desaprovechó la ocasión.

Levantó la mano derecha y me clavó el filo en la nuca. Estiré las piernas de golpe y caí de bruces al suelo.

Cuando me desperté, estaba sentado en una silla y varios clientes del Spring me atendían solícitamente. Alguien puso en mis labios un vaso.

Bebí. Un momento después, escupía el licor. El tipo que me lo había ofrecido, se retiró indignadamente, echando pestes de la

ingratitude de la gente y reclamando a voces los servicios de una lavandería.

Después de unas cuantas intentonas, conseguí enfocar mis pupilas. Finalmente me sentí un poco mejor.

—Una taza de café —pedí con un gruñido.

El pequeño círculo que me rodeaba se disolvió. El dueño del café me trajo lo pedido. Le miré de mal talante.

—Siéntese —mi acento era tal— que el fulano no se atrevió a resistirse.

—Sí, sí —contestó con voz temblona.

—Usted ha visto lo que ha sucedido, ¿no?

El tipo asintió.

—Pero no hemos llamado a la policía, si eso puede servirle de ayuda —manifestó obsequiosamente.

—Mejor. Hay cosas a las cuales no conviene la publicidad en absoluto. ¿Qué fue del tipo que me golpeó?

—Escapó antes de que pudiéramos detenerle.

—Usted le puso en contacto con un tipo que trabajó años atrás en la Western Union —acusé.

—Sí. Barry Bray. Me lo pidió como un favor.

—¿Con qué engrasó el favor? —pregunté intencionadamente.

El dueño del Spring enrojeció.

—Dijo que necesitaba un experto en teléfonos que fuera discreto. Me dio cincuenta dólares por buscar a Bray. Eso es todo lo que sé.

En el Spring se hacían muchos negocios turbios. No era extraño, pues, que su mismo dueño tomara parte en un asunto que podía reportarle, como así había sucedido, en efecto, una tranquila ganancia de cincuenta dólares.

—Supongo que no te daría su nombre ni dirección, ¿verdad?

La pregunta sobraba.

—No —respondió el individuo.

Me puse en pie, después de tomar el café.

—Cóbrate su importe de lo que pagó ese individuo —mascullé. Y con las tripas revueltas, salí a la calle.

Tomé un taxi y le di la dirección del hotel donde se alojaba Butzi. Pregunté por el cuarto número sesenta y ocho y su ocupante. Después de lo que me había sucedido, no me extrañó mucho la

respuesta del recepcionista.

—Ha salido y no volverá. Dijo que podíamos disponer de su habitación. Pagó la cuenta y...

—Suficiente —corté con tono amargo.

CAPÍTULO VIII

THADDEUS MAC Kann era un individuo de cuarenta tantos años, aún fuerte y de recia complexión, de aspecto majestuoso y tono engolado.

Cuando le expuse mis pretensiones, me miró con la misma curiosidad con que un entomólogo examina un ejemplar raro de algún insecto.

—No acostumbro a facilitar informes sobre mis clientes —dijo secamente.

—Me lo supongo, señor Mac Kann —contesté—. Pero no son informes exactamente lo que yo deseo de la señorita Barlett, sino que me diga en qué consisten sus medios de vida...

—¿Y dice usted que eso no son informes? —tronó el abogado. Extendió la mano secamente—. ¡Salga de mi oficina antes de que le haga expulsar a puntapiés!

—Un momento —dije, sin amilanarme por el tono airado del leguleyo—. Estoy trabajando para la propia señorita Barlett. ¿Por qué, antes de llevar a la práctica su amenaza, no habla con ella? Vamos, el teléfono está ahí, al alcance de su mano. Llámela usted y repítale mi petición. Si ella no se lo autoriza, me retiraré sin necesidad de que usted tenga que estropearse los zapatos.

Mac Kann me miró con gesto reluctante. Al fin, tomando el teléfono, llamó a su secretaria.

—Señorita Wilkins, póngame con la señorita Barlett. Es urgente.

Esperé a que el abogado hubiera terminado de hablar con Christine. Cuando colgó, le miré inquisitivamente:

—¿Y bien, señor Mac Kann?

El abogado parecía confuso.

—¿Qué es lo que desea saber de ella?

—Todo —dije simplemente.

—Bien, no hay mucho que contar. Hace unos seis o siete años, la señorita Barlett sufrió un accidente automovilístico. Fue atropellada por un cliente mío, un tal Alden W. Hakensmith. La señorita Barlett perdió la vista como consecuencia del accidente. Entonces tenía dieciocho años.

El señor Hakensmith quedó muy afectado después del suceso. Los remordimientos no le dejaban vivir; se sentía terriblemente culpable de haber dejado ciega a una muchacha tan buena y hermosa como es Christine Barlett. Por supuesto, corrió con todos los gastos de hospital y curación de Christine. Cuando supo que la muchacha había perdido la vista, creyó volverse loco. La llevó a los mejores especialistas... pero, desgraciadamente, las lesiones sufridas en los nervios ópticos eran irremediables.

«Personalmente, creo que el suceso precipitó el fin de mi cliente. Antes de morir, quiso compensar de alguna manera el daño causado y legó a Christine toda su fortuna, algo más de un millón de dólares, sabia y sólidamente invertidos.

—Así, pues, la señorita Barlett tiene una renta anual que asciende a, digamos, setenta mil dólares, por lo menos.

—Aproximadamente, así es.

—Y esa fortuna, fue íntegramente a manos de la señorita Barlett?

—Sí, excepto unas cuantas mandas de poca importancia a algunos servidores y un legado de quince mil dólares a una pariente lejana, la única que le quedaba al señor Hakensmith.

—¿La conoce usted?

—No.

—Sin embargo, para percibir esos quince mil dólares, debió ponerse en contacto con usted, señor Mac Kann —objeté.

—Lo hizo todo por medio de su abogado. Como los documentos que me presentaron estaban en regla, no tuve nada que oponer a la entrega del legado.

—Al menos —pregunté—, conocerá usted el nombre de esa pariente.

—Sí. Se llama Martina Hakensmith.

—¿Y vive en...?

—No lo sé. Después de efectuada la entrega del legado, ya no he vuelto a tener más noticias de ella.

Me pellizqué el labio, sumamente pensativo. Había preguntado por aquella pariente como una remota posibilidad, pero me daba cuenta de que lo más posible era que Martine Hakensmith hubiera cobrado su legado y desaparecido, por supuesto, echando pestes acerca de la que ella debía calificar como equivocada generosidad de su pariente.

Me puse en pie.

—Bien —dije—, creo que ya no hay más que hablar sobre el particular. Gracias por todo, señor Mac Kann.

—A su disposición, señor Maxton —contestó el abogado, con tono de pensar todo lo contrario.

Salí del despacho bastante pensativo.

Podía darme cuenta de una cosa: Christine era considerada como una mujer rica. Y una mujer rica, sola y además desvalida, siempre es blanco apetitoso de los innumerables tipos sin escrúpulos que pululan por este mundo de asco. Ahora bien, ¿quién era ese individuo sin escrúpulos?

Lo había visto una vez, lo había tenido al alcance de la mano y se me había escapado ignominiosamente. Decididamente, mi prestigio profesional había sufrido un considerable bajón.

De pronto me acordé de Barry Bray. Tomé un taxi y corrí a mi casa.

El tipo estaba allí todavía, pero ya despierto. Le quite sus ligaduras y lo saqué a puntapiés, llevándolo al apartamento contiguo, donde le obligué a desempalmar la conexión.

Cuando terminó, le agarré por el cuello, apretándolo contra la pared.

—Escucha, renacuajo, si vuelvo a verte por aquí, te arrancaré la cabeza y la tiraré al vertedero de desperdicios, ¿estamos?

Los ojos de «Ratoncito» parecían ir a salirse de sus órbitas.

—¡Y ahora, largo de aquí, hijo de perra!

No se lo hizo repetir dos veces; huyó como alma que lleva el diablo, sin entretenerse siquiera en volver la cabeza.

De allí me encaminé a casa de Christine. Entré en el edificio y me dirigí rectamente a la recepción.

Noah Torrance era un tipo de mediana complexión, mirada huidiza, nariz saturnina y labios lívidos. Apenas me vio y antes de que le dirigiese siquiera la palabra, empezó a ponerse nervioso.

—Sí, señor —dijo, cuando le pregunté si era Torrance.

—La señorita Barlett pidió ayer un detective. ¿Cómo se le ocurrió facilitarle mi nombre?

—Miré en la guía telefónica, en la sección profesional. Co... como vi que usted era el que más cerca vivía, pues... bueno, creí que siempre sería una ventaja para la señorita Barlett.

—Eso está bien. Y ¿a quién más le dijo usted que la señorita Barlett había contratado mis servicios?

Torrance puso cara de asombro. Era muy mal actor... pero fingí creer en él.

—¿Yo, señor? En absoluto; los recepcionistas somos siempre gente discreta y...

—Está bien, está bien —corté—. Quizá ha sido una impremeditación mía. Gracias por la llamada, Torrance.

Y puse en sus manos un billete de cinco dólares.

—Un millón de gracias, señor Maxton.

Di media vuelta y me dirigí hacia los ascensores, sin volver siquiera la cabeza, completamente seguro de que Torrance me estaba vigilando. Entré en un ascensor, cerré y pulsé el botón correspondiente al segundo piso.

Salí y descendí por las escaleras a todo correr. Llegué a la recepción, justo en el instante en que Torrance estaba telefoneando a alguien.

—Sí... ha entrado... Ahora se dirige a casa de la señorita Barlett... Bien, lo avisaré cuando se haya ido... De nada. Adiós.

Torrance colgó, volvió la cabeza y se encontró ante la boca de mi revólver que le encañonaba directamente a la cara.

Se puso a temblar como un azogado. Su cara se puso de mil colores y acabó con un precioso tinte verdoso, que no tenía nada que envidiar al de las hojas de los árboles en plena primavera.

—Dame el número de ese teléfono.



—Dame el número de ese teléfono...

Torrance tragó saliva.

—Señor Maxton... —dijo con tono plañidero.

Levanté el gatillo del revólver.

—El número del teléfono —era inútil pedirle la dirección,

porque el asesino no se la habría facilitado.

Torrance se rindió. Tomó papel y lápiz y escribió. Luego me entregó la nota, la cual guardé en un bolsillo, sin mirarla siquiera.

Alargué la mano y agarré a Torrance por el cuello de su uniforme.

—Escúchame, hijo de perra; ese individuo te ha pagado para que me sigas los pasos. Yo no te voy a dar siquiera un céntimo, en cambio, pero ten en cuenta que te pegaré un tiro como dos y dos son cuatro, si intentas llamarle ahora cuando me haya ido. ¿Me has comprendido?

Torrance sudaba copiosamente. Di un tirón y su nariz se estrelló contra el borde del mostrador de la recepción. Empezó a sangrar profusamente.

—Este es un aviso amistoso, bastardo —dije—. Ya no habrá segundo aviso, ¿enterado?

El recepcionista no tenía fuerzas para hablar. Sin cuidarse de la sangre que le corría por la cara, parecía como hipnotizado.

Desamartillé el revólver y me lo guardé.

—Recuerda lo que te he dicho —repetí.

Salí a la calle y busqué un teléfono público.

—Habla Jefatura de Policía —dije con voz imperativa a la telefonista que me atendió—. Escuche, necesitamos saber con urgencia la dirección del teléfono EC-4788.

—Un momento, por favor —dijo la telefonista. Y antes de un minuto, tenía la respuesta—. Road Side, 615, apartamento 10 L.

—Gracias, señorita —colgué y me precipité en busca de un taxi.

Un cuarto de hora más tarde, me hallaba ante el 615 de Road Side.

Examiné el edificio desde la acera. Era una casa de apartamentos, moderna y bien construida, de doce pisos. Con un poco de suerte, podía encontrar al asesino en su domicilio.

Entré en el ascensor y subí hasta el piso décimo. Busqué la letra L y me detuve ante la puerta correspondiente.

Vacíé unos momentos. ¿Qué hacer? ¿Llamar? ¿Entrar por las buenas?

Me decidí por lo primero, pero como nadie me contestó, tuve que adoptar la segunda solución: el alambre doblado.

Entré en el apartamento. Estaba vacío.

Lo registré de arriba abajo. Las habitaciones estaban en orden y nada hacía suponer que en ellas había dormido nadie desde hacía una semana, al menos.

—¿Me habrá engañado ese tipo? —mascullé, furioso.

De pronto, reparé en un detalle. Sobre un aparador adosado a la pared, con aspecto de mueble bar y tocadiscos, todo en una pieza, había un teléfono. El cable desaparecía en el interior de uno de los departamentos del mueble.

El hecho me intrigó sobremanera. Fui hacia el mueble y abrí el departamento de la misma forma que había abierto la puerta.

Lancé un silbido de admiración. Dentro del departamento había otro teléfono, así como un equipo completo y automático de grabación, que servía para recoger los mensajes transmitidos por uno de los aparatos. Con el otro, al llamar, se escuchaba desde un teléfono de la calle lo que se había grabado, sin necesidad de subir al apartamento.

Después de mucho pensar, adopté una solución: desconecté la grabación. Cabían dos posibilidades: que el asesino acudiera a investigar una posible avería o que sospechase que alguien había manipulado la grabadora.

Cuestión de cara o cruz, en suma.

Mientras esperaba, llamé a Rock.

—Escucha, entérate por teléfono si sigue en la recepción un tal Torrance. Llámame al EC-4788.

—Conforme.

Rock llamó diez minutos después.

—Torrance se ha esfumado.

—Gracias, chico.

Me senté a esperar. ¿De qué cara caería la moneda?

Salió cruz. Veinticuatro horas después, así, una por una, el asesino no había comparecido.

Estaba hambriento, cansado y tenía mucho sueño. Llamé de nuevo a Rock.

—¿Alguna novedad?

—Sí, Christine ha vuelto a ser amenazada.

—Dile que se ponga.

Un momento después, oí la voz de la muchacha. Era cálida, confortable, pese a su ansiedad.

—¿Pete?

—El mismo, señorita Barlett.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? He pasado una angustia terrible por usted.

—¿De verdad? —la frase me conmovió sinceramente.

—Oh, Dios mío, claro que sí. ¿Por qué había de engañarle, Pete? ¿Dónde está ahora?

—Perdiendo mi tiempo y su dinero —contesté, sintiéndome un miserable—. Bueno, ¿qué le ha dicho su comunicante?

—Lo mismo de otras veces, Pete.

—¿Está segura?

—Tengo buena memoria —dijo ella.

—Bien —lancé un suspiro—. ¿Qué tal se siente usted?

—¿Por qué lo pregunta? —exclamó ella, muy extrañada.

—Quiero decir si esas continuas amenazas la han puesto nerviosa o han deprimido su ánimo.

—No han contribuido a alegrarme, esta es la verdad, Callé unos momentos.

—No se deje llevar por la depresión, señorita Barlett. Estoy seguro de que el asesino trata de aterrorizarla...

—¿Para qué, Pete?

—El señor Hakensmith le dejó mucho dinero, ¿no es cierto?

—Sí, claro. Oh, Pete, ¿cree usted que se trata de intimidarme con el fin de pedirme una cantidad?

—No me extrañaría mucho, porque, si usted no tiene enemigos...

—¡Claro que no los tengo, Pete!

—... entonces, esas amenazas solo pueden tener un fin; ya le he dicho cuál.

Christine guardó silencio un instante. Luego dijo:

—Es posible que sea como dice, Pete. ¿Qué va a hacer ahora?

—Salir de viaje, fuera de la ciudad. Tengo que entrevistarme con una persona.

—¿Estará fuera muchos días?

—Uno o dos, señorita Barlett, no más.

—Vuelva pronto. Pete, se lo ruego.

Había en su voz una inesperada nota de afecto que me conmovió, sin saber exactamente por qué.

—Procuraré hacerlo, señorita Barlett —dije con voz ronca.

—Christine para usted, Pete —musitó ella suavemente.

—Christine —repetí—. Hasta la vuelta.

—Adiós, Pete.

Colgué y permanecí unos momentos en suspenso. ¿Me estaba inclinando sentimentalmente hacia la muchacha? ¿Qué era lo que sentía hacia Christine: compasión por su desgracia... o algo más intenso?

Como por el momento no podía saberlo ni darme una respuesta concreta, me fui a una agencia de alquiler de coches, en donde escogí uno confiable y me encaminé en busca de la señorita Dykens.

CAPÍTULO IX

EL lago Kobee está situado en un paraje encantador. Altas montañas, cumbres nevadas casi hasta el verano, aguas quietas de una limpidez absoluta, pesca abundante y unas orillas festoneadas por pinos y abetos; el paraje es ideal para pasar una temporada de descanso y relajación absoluta.

Llegué al lago tres horas después, cuando ya anochecía. Los terrenos estaban explotados por una empresa que monopolizaba todos los servicios, supongo que pagando una crecida suma al Estado. Naturalmente, no podía faltar el inevitable motel, con su recepción, su bar, sus tiendas y, por supuesto, con sus «bungalows» para una, dos o cuatro personas.

Dejé el coche en la explanada de aparcamiento y me encaminé a la recepción, llevando en la mano un maletín de aseo con lo más indispensable, que había tomado de mi casa antes de la partida. Me inscribí y me entregaron la llave de uno de los «bungalows».

Hice saltar la llave en la palma de la mano, mientras miraba al recepcionista.

—Estoy buscando a una chica llamada Dykens. ¿Cuál es su «bungalow»?

El tipo me contempló con aire inexpresivo.

—Comprendo —dije, lanzando un suspiro y cinco dólares sobre el mostrador.

—Calle C, número 32.

—Gracias.

Mi «bungalow» estaba situado en la calle B y era el 25. Paralelo y casi frente por frente del que ocupaba la secretaria de Christine.

Entré en la casita y dejé la maleta sobre la cama. Me lavé las manos en el baño contiguo, después de lo cual, me encaminé a la calle contigua.

Cada «bungalow» tenía un farolito sobre su número. No me fue difícil, por tanto, hallar el número 32.

Resultó que la joven Dykens no estaba en la cabina. El motel disponía de restaurante, de modo que, como era ya de noche, resolví que lo mejor sería cenar y después hablar con la mujer.

Comí con buen apetito. Contigua al restaurante y dando directamente al lago, había una explanada, donde la gente se divertía bailando. Había una regular animación y el panorama, visto a la luz de la luna, no podía ser más encantador.

Al terminar, aboné la nota y volví al «bungalow» número 32. Esta vez sí estaba su ocupante.

Marty Dykens era una opulenta morena de ojos de fuego, busto protuberante y caderas explosivas. Vestía un ajustado traje color azul claro, con un escote que daba vértigo. Era evidente que acababa de llegar y se disponía a acostarse.

Me miró con aire suspicaz.

—¿Qué desea? —preguntó secamente.

—Me llamo Peter Maxton y soy detective privado. Deseo hablar con usted, señorita Dykens.

—¿Acerca de qué?

—Trabajo para Christine Barlett.

—¡Christine! —exclamó la Dykens—. ¿Qué le sucede?

—Se lo explicaré mejor adentro —contesté—. No creo que la puerta sea el mejor lugar para charlar.

Ella extendió un carnoso brazo lleno de un mórbido encanto y me agarró del mío.

—¡Claro que sí, señor Maxton! ¡Entre, se lo suplico!

Cerró la puerta y me indicó una silla.

—¿Quiere algo de beber, señor Maxton?

—Gracias, pero si me llama Pete, como hace Christine, adelantaremos más.

—Está bien, Pete, pero, por el amor de Dios, dígame qué le sucede a Christine. Estoy francamente alarmada, se lo aseguro.

El opulento pecho de la joven subía y bajaba con movimientos fascinadores. Haciendo un verdadero esfuerzo, aparté la vista de aquel paisaje, mucho más atractivo que el del lago, y la miré a la cara.

—En los últimos tiempos, Christine ha recibido varias amenazas

de muerte. Estas se han intensificado de unos días a esta parte. ¿Qué sabe usted del asunto?

—¿Amenazas de muerte? ¡Oh, Dios mío! —exclamó la Dykens y se llevó ambas manos a la cabeza—. Pero... ¡eso es horrible, espantoso! ¿Quién puede querer la muerte de una criatura tan dulce y encantadora?

—Eso es lo que yo trato de averiguar, señorita Dykens...

—Marty, Pete —me corrigió ella.

—Marty, conforme.

—¿Y no lo han denunciado a la policía?

—Christine prefiere que yo investigue por mi cuenta.

Ella me miró con desconfianza.

—¿Quiere decir —expresó— que es usted mejor que la policía?

—Por supuesto que no, pero siempre puedo hacer cosas que a la policía le están vedadas. En eso hizo bien Christine al llamarme.

—¡Y ahora está sola! —exclamó Marty, con acento de terror—. ¡Nadie la protege y...!

—¿Me ha tomado por tonto? En cuanto empecé a trabajar para Christine, puse a su lado un hombre de toda mi confianza. Por ese lado, pues, debe sentirse tranquila, Marty. Ahora, si no le molesta, me agradecería contestase a algunas preguntas que he de formularle.

—Muy bien, me encantará colaborar con usted —Marty se levantó y preparó dos copas—. Dios mío, siento la necesidad de beber un trago; de lo contrario, me caeré redonda.

Me entregó una copa. Ella despachó la suya casi de un golpe.

—Adelante, Pete —dijo, algo más animada.

—Según me dijo Christine, lleva usted tres años con ella.

—Así es.

—En todo ese tiempo, ¿no ha notado la presencia, cercana o lejana de algún eventual enemigo de Christine?

—En absoluto. Ni siquiera se me había ocurrido tal posibilidad.

—¿Conoció usted al difunto señor Hakensmith?

—No. Sé la historia, pero no llegué a verle en vida.

—Hakensmith dejó una pariente. ¿Sabe usted algo del asunto?

Marty meneó la cabeza.

—Es la primera noticia que tengo de ello, Pete. ¿Y quién es esa pariente?

—Una tal Martine Hakensmith. Pero yo tampoco la conozco ni

sé dónde para.

—¿Sospecha usted de esa mujer?

—Es una posibilidad, Marty —contesté.

—Sí, claro —convino Dykens—. Quizá pudo sentirse despechada al ver que Hakensmith legaba su herencia casi íntegra a Christine como compensación del desgraciado accidente.

—Eso mismo creo yo. Pero el caso es que he sufrido un par de atentados y todos ellos han sido organizados y ejecutados por un hombre. Eso es lo que me desconcierta, Marty.

—¿Conoce usted al hombre?

—No. Estuve a punto de saber su identidad, pero se me escapó la ocasión, aunque no desconfío de volver a tenerla. Ahora —agregué—, pasemos a otro asunto.

—Muy bien, Pete, adelante.

Saqué cigarrillos y le ofrecí uno. Ella adelantó el busto para prender el suyo y durante unos momentos me dediqué al recreo de la vista. Valía la pena, lo aseguro.

—¿Conocía usted a la señora Gehlson?

—Sí, claro.

—¿Qué opinión le merecía?

—Muy buena. Era una mujer callada, silenciosa, eficiente, discreta... Solía venir todos los días a las nueve de la mañana. En dos horas dejaba limpio el piso, sin que apenas se advirtiera su presencia.

—Ya no limpiará más el apartamento —dije de pronto.

Los ojos de Marty se agrandaron súbitamente.

—Pete, ¿qué insinúa?

—No insinué nada. La señora Gehlson ha muerto asesinada.

El cigarrillo se le escapó de los dedos. Su pecho se agitó desacompadadamente.

—¡Cielos! —murmuró.

Y cerró los ojos un instante, dejándose caer sobre el respaldo del sillón en que estaba sentada.

Recogí el cigarrillo y se lo volví a poner entre los dedos. Marty agradeció el gesto con una pálida sonrisa.

—¿Por qué han matado a la señora Gehlson? —preguntó débilmente.

—Supongo que para hacerla callar, aunque no sé exactamente

qué era lo que no querían que dijera —respondí.

Ella se pasó la mano por la frente. Luego aspiró nerviosamente el humo de su pitillo y por fin dijo:

—Estoy trastornada, Pete. Todo esto es tan horrible... Christine amenazada, la señora Gehlson muerta... —se irguió de pronto en el asiento—. Voy a volver a la ciudad lo más pronto posible. Mañana, a primera hora, saldré de aquí. Es cierto; me hacían mucha falta estas vacaciones, pero mi deber, antes que otra cosa, es estar al lado de Christine. No me perdonaría si le sucediera algo en mi ausencia, Pete.

—Me parece muy bien. He traído un coche...

—Yo tengo el de Christine. Me lo dejó ella.

—Ah —exclamé—, no sabía que Christine poseyera un automóvil.

—Sí. Salimos a pasear casi a diario. Conduzco yo, por supuesto. Pero como en el tiempo que yo iba a estar de vacaciones, ella no iba a salir, me lo prestó.

—Muy bien —me puse en pie— Mañana a las siete la esperaré en el restaurante para desayunar y emprender luego el viaje de regreso. A las diez y media podemos estar de nuevo con Christine y yo proseguiré mis investigaciones.

Ella se puso también en pie. Me alargó la mano.

—De acuerdo, Pete —sonrió—. Ojalá encuentre pronto al asesino.

—Eso es lo que más deseo, Marty. Hasta mañana, a las siete.

Salí del bungalow y me encaminé al mío. Al llegar, saqué la llave de que me habían provisto en la recepción, la inserté en la cerradura y abrí.

Crucé el umbral. Entonces, algo muy parecido a una tonelada de ladrillos me cayó sobre la cabeza.

CAPÍTULO X

DESPERTÉ sintiendo un horrible dolor en la nuca y un extraño frío en la espalda. Me pregunté a qué se debía el frío.

Una racha de aire fresco me acarició el rostro, ayudando a despejar mi turbia mente. El frío me llegó a la nuca y a las orejas.

Sacudí la cabeza. Intenté levantarla y algo parecido a una sacudida eléctrica me golpeó en la base del cráneo. Una terrible angustia invadió todo mi ser.

La sensación de frío pasó a mis costados y también a las piernas. En general, tenía frío en la mitad posterior del cuerpo, de la cabeza a los pies, y esa sensación aumentaba con cierta rapidez.

Abrí los ojos. Por encima de mí, estaban las estrellas. La luna se hallaba tras un espeso banco de nubes

Moví los brazos. Al hacerlo, algo se balanceó.

Extendí las manos, tocando una cosa metálica a derecha e izquierda. Agarrándome a aquello, aun no sabiendo lo que era, me senté, sintiendo todavía un terrible mareo. De pronto, advertí que mi asiento se balanceaba de un modo alarmante.

Hice un esfuerzo por aclarar mis pensamientos. ¿Qué me había sucedido después de la entrevista con Marty Dykens?

Había vuelto a mi bungalow y entonces...

Ya no recordaba más, pero era suficiente. De pronto, noté que el frío me envolvía las piernas y que me llegaba ya al vientre, cerca del estómago. No tardé mucho en averiguar a qué se debía el balanceo.

A lo lejos vi algunas luces; eran de los bungalows del motel. Entonces, ¡me hallaba en el centro del lago!

El frío me llegó al pecho. Súbitamente, alcanzo mi rostro. Cuando quise darme cuenta cabal, me encontré sumergido en el agua, mientras que debajo de mí, algo remolineaba al hundirse en

el lago.

Di un par de vigorosos talonazos y emergí a la superficie. Empecé a braccar lenta y rítmicamente hacia la orilla. Ahora ya sabía lo que me había sucedido.

El asesino me había, sorprendido, golpeándome hasta dejarme atontado. Después me había transportado hasta uno de los botes de recreo que facilitaba la dirección del motel a los turistas. Estos botes, por lo general, solían ser de aluminio; más ligeros y manejables que los de madera.

Había sido sencillo practicar un agujero en el fondo del bote. El agua había ido entrando lentamente y esta era la sensación de frío que me había despertado providencialmente. Después, el bote se había ido al fondo.

Mientras nadaba, me pregunté por qué el asesino no me había atado a un peso, para mayor seguridad. Calculé que quería haber hecho pasar el suceso como un accidente o un posible suicidio. El bote se había hundido y, más adelante, cuando hubiesen encontrado mi cuerpo, no habrían hallado en él señal alguna de violencia. Varios días de inmersión en el agua habrían eliminado todo rastro del golpe que había servido para atontarme. Un remedio fácil, sencillo y económico de deshacerse de un peligroso adversario.

Las aguas del lago estaban frías. No obstante, nadando se notaba menos y al fin pude alcanzar la orilla, a bastante distancia del motel.

Descansé unos momentos, hasta normalizar la respiración. Luego me puse en pie y emprendí una carrera a paso gimnástico en dirección a mi alojamiento.

El recepcionista puso una cara inolvidable al ver mi aparición, sucio de tierra y chorreando agua de pies a cabeza.

—Estaba dando un paseo y caí al lago —dije—. Haga el favor de enviar una persona para recoger mi traje y que me lo sequen y planchen para mañana a las seis. ¿Podrá estar?

—Sí, señor, por supuesto. ¡Cuánto lo siento! ¿Desea el señor que le preparemos algo caliente?

—Hombre, no es mala idea. Haga que me lleven café y coñac, pero pronto o me voy a helar. Demonios, todavía hace bastante frío por estos parajes.

Y eché a correr hacia mi alojamiento, ansioso de quitarme

cuanto antes aquellas ropas empapadas.

Unos minutos después me hallaba ya seco y vestido con un pijama, sobre el cual había colocado un batín. Casi en el acto llamaron a la puerta.

—Entre.

Una mujer cruzó el umbral, con una bandeja en las manos. Depositó el servicio en una mesita y se llevó mis ropas.

Bebí varias tazas de café y me tomé un par de copas de coñac. Esto me hizo reaccionar, después de lo cual me metí en la cama.

Empecé a pensar en lo que me había sucedido. El asesino no me perdía de vista; esto era obvio. Pero en esta ocasión sus planes habían fallado. No obstante, ¿podía asegurar que erraría en la próxima ocasión?

El calorillo del café y el coñac juntos hizo notar sus efectos. Antes de que pudiera meditar con mayor profundidad acerca del asunto, me dormí como un leño.

A la mañana siguiente me despertaron, con la ropa limpia, seca y planchada. Di una buena propina a la camarera y me vestí rápidamente. Al dar las siete, me encontraba ya en el restaurante del motel.

Marty fue puntual. Era una mujer realmente hermosa, aunque parte del atractivo de su rostro desaparecía por la ansiedad que despertaba en ella la suerte de Christine. No obstante, hizo un esfuerzo y consiguió sonreír.

—Hola, Pete. ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Mal —contesté sin rodeos.

Ella arqueó las cejas.

—¿Mal? Explíquese, Pete, se lo suplico.

—Anoche, al dejarla, el asesino estaba en mi cabaña. Me atacó, golpeándome hasta hacerme perder el sentido. Luego me colocó en una barca y me abandonó en el centro del lago, después de haber perforado el fondo de la embarcación. Suerte que me desperté a tiempo y pude nadar hasta la orilla; de lo contrario, no estaría contándoselo, Marty.

La joven se tapó la boca con las manos, mientras sus ojos me miraban con expresión de terror.

—Oh, Pete, dígame que eso no puede ser.

—Pregunte en recepción. Ellos se han encargado de secar y

planchar mi ropa durante la noche —respondí.

—Pero... no entiendo, Pete. ¿Por qué quieren asesinarle?

—Les estorbo, eso es todo. No les interesa que prosiga con mis investigaciones. Pero desayune; el camino hasta la ciudad es largo y hemos de salir cuanto antes.

Aterrada, Marty no pudo probar apenas bocado. Mordisqueó una costada y sorbió dos tazas de café. Ese fue todo su desayuno.

—Estoy ardiendo en deseos de sentirme ya junto a Christine —manifestó—. ¿Sabe, Pete?, llevo tres años junto a ella y he llegado a sentir hacia Christine un afecto mayor que si fuera mi propia hermana. Tan dulce, tan afectuosa, tan resignada con su desgracia... Siempre tiene una sonrisa y una palabra amable para todo el mundo, no se queja nunca... Dios mío, si a mí me hubiera ocurrido una cosa semejante... creo que no hubiera podido soportarlo.

—No todos tienen la misma presencia de ánimo, Marty —dije—. Hace falta mucho valor para soportar una desgracia semejante.

—Nunca le oí una palabra de reproche contra el autor de su invalidez, Pete. Bien es cierto que el señor Hakensmith le legó una gran fortuna, pero... ni por cien millones daría yo uno solo de mis ojos, cuanto más los dos.

—Pienso yo lo mismo, Marty. Sin embargo, ello no es posible repararlo ya. Bueno, ¿terminó? Hemos de marcharnos.

La joven asintió. Aboné la cuenta de los desayunos y luego nos dirigimos a la recepción, donde liquidamos cada uno nuestras correspondientes facturas... Hecho esto, ocupamos los automóviles respectivos y emprendimos el viaje de regreso a la ciudad, a la cual llegamos tres horas después, antes de las once de la mañana.

Me despedí de Marty en la puerta de la casa, de Christine.

—Dígale que la veré más tarde —dije—. Ahora debo practicar determinadas gestiones y no me es posible entretenerme demasiado —me señalé la ropa—. El traje ha quedado para mi hijo de quince años.

—¿Es usted casado? —preguntó Mary con asombro.

—No, pero espero hacerlo algún día —y los dos reímos alegremente.

Marty buscó una de mis manos con la suya.

—Proteja a Christine, Pete —dijo con voz conmovida—. Es una buena chica y ciertamente no se merece lo que le sucede.

—Trataré de hacerlo, Marty. Cuídela usted también mucho.

—Lo haré —Marty suspiró y al hacerlo su amplio busto puso en peligro el corpiño que lo encerraba—. En medio de todo, ha sido una suerte tenerle a usted tan cerca.

—Claro. Hasta luego, Marty.

—Adiós, Pete —y la chica me lanzó una mirada de carnero degollado, que me hizo sentir campanitas dentro de mi pecho.

Subí a mi apartamento y empecé a cambiarme de ropa. A mitad de la tarea sonó el teléfono.

Levanté el auricular.

—Sigue haciéndose el entrometido, Maxton —dijo una voz opaca, evidentemente disfrazada—. Deje la tarea que tiene entre manos o le pesará.

—¡Escuche...! —pero ya no pude decir nada más; el individuo había colgado.

Me pellizqué el labio inferior, sumamente preocupado por lo que acababa de escuchar. Les estorbaba.

Lo cual significaba una cosa: me consideraban como un enemigo peligroso. ¿Y qué se hace con un enemigo peligroso?

—Se le suprime —declamé en voz alta, sin darme cuenta de lo que hacía—. Conque, amigo Pete, si no te das prisa, esos tipos sembrarán flores sobre tu sepultura.

Terminé de vestirme. Entonces sonó de nuevo el teléfono.

Esta vez no era el asesino; era Christine. Y no sé por qué, me alegré muchísimo de oír su voz.

—¡Pete! —exclamó ansiosamente—. Marty me ha contado lo que le sucedió anoche.

—Bueno —comenté con indiferencia—, riesgos de la profesión.

—Oh, Pete, ¡sentiría tanto que sufriera algún daño por mi causa!

—Está incluido en mis emolumentos, Christine —dije, tratando de parecer chancero. Pero me agradaba que la muchacha se preocupase por mí—. De todas formas, tranquilícese; tengo el pellejo muy duro.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Pues buscar a una persona, Christine. Y es imprescindible que la encuentre cuanto antes, ¿comprende usted?

—Sí, claro, aunque... ¿por qué no vino a verme?

Hice una pausa.

—¿Le habría gustado, Christine?

—Claro que sí, Pete —respondió ella impulsiva.

—Escuche; hoy tendré un día muy ocupado. ¿Le parece bien que mañana, si hace buen tiempo, salgamos a dar un paseo en su coche?

—Es una idea magnífica, Pete —exclamó ella con voz vibrante—. Sí, venga a buscarme. Pero, mientras tanto, cuídese.

—Lo haré, Christine. ¿Hasta mañana?

—Hasta mañana... Ah, Pete, se me olvidaba decirle una cosa.

—¿Sí?

—El asesino ha vuelto a amenazarme.

—¿Cuándo?

—Hoy, hace un par de horas.

—¿Repitió las mismas frases?

—Sí, Pete.

—No haga caso, Christine. Con Rock al lado, está tan segura como si se hallase en la bóveda acorazada de un Banco.

Ella rio argentinamente y su risa llegó con notas musicales hasta lo más íntimo de mi ser. Cuando terminó se despidió de mí.

—Pete, no falte mañana.

—Descuide, Christine.

Y colgué.

Encendí un cigarrillo. Una chica magnífica, una mujer de una pieza. Lástima de su defecto... pero no por mí, sino por ella misma. ¿No habría manera de curar su ceguera? Hoy día la medicina no cesa de realizar progresos. Claro que ella había consultado a numerosos especialistas y...

—A trabajar —me dije, saliendo del momentáneo estatismo en que había caído—. Es preciso buscar a Butzi.

Butzi no apareció en todo el día, por más esfuerzos que hice. Fui a su domicilio primitivo, pregunté varias veces en el hotel en que se había alojado cuando la amenazaron... Todo inútil.

Al llegar la noche, cansado y muy fastidiado por el fracaso de mis gestiones, busqué un restaurante. Para entretener la cena, compré el «Advertiser», periódico de la noche.

Lo leí mientras cenaba. En la página de sucesos hallé una noticia que llamó mi atención.

Una mujer muerta había sido hallada por un grupo de muchachitos que jugaban en el Webster Park, detrás de unos

matorrales. Los chicos avisaron a la policía, la cual había practicado las indagaciones de rigor, sin poder identificar a la muerta, por el momento.

La mujer había sido asesinada, según se desprendía de las señales de violencia halladas en su cuerpo; posiblemente golpeada con un objeto contundente en la nuca y luego apuñalada. Todo cuanto podía contribuir a su identificación había sido hecho desaparecer cuidadosamente.

Un detalle llamó poderosamente mi atención: el forense calculaba una fecha determinada por la muerte de la mujer, claro que con la debida aproximación, nunca con una absoluta exactitud. Ahora bien, de aquello saqué yo una aterradora conclusión.

¡La fecha de la muerte de aquella mujer coincidía con la de la desaparición de Butzi Jabor!

Pensé unos momentos. ¿Habría sido asesinada por el mismo hombre que había matado a la señora Gehlson?

Esto se podía comprobar de una forma, pero antes tenía que confirmar que la mujer que aún yacía en el depósito de cadáveres era Butzi Jabor.

Aboné la cuenta y salí a la calle. Había devuelto ya el coche que alquilara, de modo que no me quedó otro remedio que tomar un taxi.

Diez minutos después, estaba en la Morgue. Hice saber al empleado mis deseos de ver el cadáver de aquella mujer y el hombre accedió.

Unos momentos más tarde, miraba a Butzi Jabor, por última vez.

—Sí, es ella —dije con tono sombrío.

El empleado bajó la sábana que cubría el cuerpo de la difunta y empujó la camilla hasta el armario frigorífico.

—Tendrá que acompañarme para firmar una declaración de reconocimiento —dijo.

—Por supuesto —contesté.

Mis esperanzas de conocer el nombre del asesino se habían esfumado con la muerte de Butzi.

Pero, ¿cómo la habían matado? O, quizá esté mejor preguntado: ¿cómo habían conseguido arrancarla de su escondite?

Solo podía saberlo de una forma: preguntándolo directamente.

CAPÍTULO XI

EL recepcionista del hotel me contempló con aire suspicaz. Modificó su gesto cuando le hube enseñado dos billetes de a cinco.

—Muy bien, señor. ¿Qué es lo que desea saber?

—Días atrás se alojó aquí una tal Dinah Brewster. ¿La recuerda usted? —y para ayudarle en su esfuerzo memorístico, agregué—: Se alojaba en la habitación sesenta y ocho y solo estuvo una noche, más o menos.

—Ah, sí, claro que la recuerdo. Era una rubia bastante vistosa, con aire de... Bueno, usted ya me entiende, ¿no?

—Claro que sí. Continúe, amigo. ¿Qué más sucedió?

—Bueno, pues... nada más. Al día siguiente, abonó la cuenta y se marchó.

—¿Parecía preocupada? ¿Daba la sensación de temer algo o a alguien?

El recepcionista meditó.

—Sí. Me pareció un poco nerviosa, aunque, por supuesto, no podría afirmarlo rotundamente.

—¿Sabe usted si recibió alguna llamada telefónica antes de marcharse?

Después de unos momentos de meditación, el empleado contestó afirmativamente.

Esto me sorprendió enormemente. ¿Cómo sabía el asesino el nombre falso bajo el cual se había inscrito Butzi?

De repente se me ocurrió una idea.

—Oiga, y durante el tiempo que se alojó en el hotel, ¿no vino nadie a preguntar aquí por ella, en recepción?

—Pues la verdad, no sabría contestarle. Mi turno cesa dentro de unos momentos... ¡Mire, ahí viene el que me releva! ¿Se lo preguntamos a él?

—Desde luego.

El recepcionista del turno de noche se mostró igualmente sensible a los encantos de dos billetes de cinco dólares.

—Sí —respondió—. Vino un tipo preguntando por ella.

—¿Cómo era? —casi grité en mi excitación al ver el desarrollo de los acontecimientos.

—Pues no lo recuerdo muy bien. Solo sé que me preguntó si la señorita Brewster se alojaba aquí y le contesté afirmativamente. Me pareció algo mayor el tipo, pero sí recuerdo que llevaba sombrero, gafas oscuras, bigote...

Reflexioné un momento. Indiscutiblemente, el asesino había averiguado el escondite de Butzi. ¿Cómo? ¿Siguiéndola?

Ella había dejado entrever que lo había despistado al alojarse en el hotel. Entonces, ¿cómo diablos lo había conseguido el asesino?

Barry Bray no había tenido tiempo ni ocasión de decírselo. Esto quería decir una sola cosa: que Butzi estaba equivocada al creer que lo había despistado; era lo más probable.

—Oiga —exclamé de pronto—, ¿está seguro de que preguntó por la señorita Brewster?

El empleado volvió a pensar.

—Bueno, quizá no fue así como lo dijo... Sí, ahora voy recordando; se presentó aquí y dijo que quería saber si se alojaba una dama de las características físicas de la señorita Brewster.

—Luego, entonces, el tipo desconocía su nombre.

—Así es.

—Y usted se lo dijo.

El recepcionista se puso colorado. Si había aceptado de mí diez dólares, ¿por qué no iba a haber hecho lo mismo con respecto al asesino?

—Está bien —dije amargamente.

¿De qué servían los reproches ahora? Butzi estaba muerta y nada de lo que se hiciera podría volverla a la vida.

Resumí el suceso globalmente.

El asesino debía haber sospechado de Butzi desde un principio, ya en el momento de matar a la señora Gehlson. Posiblemente, Butzi había cometido alguna imprudencia, delatándose a sí misma por su propia curiosidad.

Entonces, el criminal debía haber decretado la muerte de Butzi.

No le convenía un testigo de cargo. Recordé el tabique tan delgado que separaba los apartamentos de Butzi y de la señora Gehlson. Estaba seguro de que la Gehlson había gritado su nombre y que Butzi lo había captado por este medio. Yo mismo había tenido ocasión de escuchar todas las idas y venidas de los policías en sus pesquisas.

El asesino había sabido así que alguien conocía su nombre. Ese alguien debía morir. Y después de cerciorarse de que Butzi estaba en el hotel, la había llamado al día siguiente. Debí fingir mi nombre para atraerla a una trampa mortal en Webster Park, un lugar casi salvaje, situado fuera de la zona urbana. A cualquier hora del día se puede matar allí a una persona sin que nadie se entere. Y Butzi, claro está, había caído incautamente en la trampa.

Ya no me quedaba sino despedirme de los recepcionistas. Les di las gracias por los informes y, con un grave sentimiento de frustración en mi interior, me retiré de allí.

Al día siguiente, tras una noche casi total de insomnio, debida a las muchas preocupaciones que me estaba proporcionando aquel maldito asunto, fui a recoger a Christine.

Estaba encantadora con un vestido estampado de colores claros y alegres, que realzaba notablemente su espléndida silueta. Se había recogido el pelo en la nuca con un gran lazo azul y en su hermosísimo rostro lucía una maravillosa sonrisa. ¡Lástima de pupilas; brillaban pero no captaban la luz!

Noté que estaba maquillada y se lo hice saber.

—Ha sido Marty —dijo—. ¡Es tan buena! Cuando supo que íbamos a salir a dar un paseo se brindó a arreglarme un poco la cara.

—Pues no cabe duda de que lo ha hecho maravillosamente bien. Aunque no había mucho que arreglar, la verdad.

Christine rio alegremente. Luego extendió el brazo hacia mí, con ligero titubeo.

—Deme la mano, Pete —pidió.

Me estremecí al sentir el contacto de su carne fresca y juvenil. Y ella se estremeció también. No sé por qué, pero por un instante su sonrisa se borró, en tanto que su delicado seno palpitaba con cierta rapidez.

Rock y Marty nos despidieron en la puerta. Christine se agarró a

mi brazo, dejándose conducir.

El coche esperaba ya en la puerta. Marty lo había preparado, según dijo ella.

La ayudé a acomodarse. Luego me senté tras el volante y arranqué.

Salimos de la ciudad. Dimos un largo paseo, en silencio. Luego, al cabo del rato, se me ocurrió ir al Webster Park.

Se lo consulté y ella contestó afirmativamente.

El Webster Park está situado a poca distancia de la ciudad, sobre una gran colina que la domina ampliamente. Aunque, naturalmente, tiene lo que podríamos llamar espacios civilizados, la mayor parte del parque está igual que hace cientos de años, en un estado semiselvático, que presta un singular encanto al paisaje.

Una zigzagueante carretera conduce a la cumbre. Llevé el coche hasta el final, deteniéndolo en una explanada dedicada especialmente al aparcamiento. Cerré el contacto y me recliné en el asiento.

—Bueno —exclamé—, estamos en el Webster Park, Christine. ¿Quiere que demos un paseo?

—Oh, por supuesto que sí —respondió ella.

Unos momentos después, estábamos paseando del brazo por la arboleda. El suelo estaba cubierto de una espesa capa de césped que hacía más cómodo el caminar.

—No sé por qué —dijo Christine de pronto—, pero me siento mucho mejor, Pete.

—¿De veras? Eso me alegra mucho, Christine. ¿Y a qué es debido?

El día era primaveral, magnífico. Un sol brillaba radiante en un cielo sin mancha y la temperatura era agradabilísima.

—Debe ser el tiempo —dijo ella, respirando a pleno pulmón la brisa fresca y perfumada—. Me gustaría estar aquí horas y horas, sin moverme para nada, gozando de estos momentos tan agradables... Sentémonos en la hierba, ¿quiere, Pete?

—Desde luego. Deme la mano, Christine.

El paisaje era maravilloso. Durante unos momentos permanecimos en silencio. La visión de Christine era fascinadora y yo no me cansaba de mirarla.

—Me está mirando, Pete —dijo ella al cabo de unos momentos.

—Sí.

—¿Le gusto? —preguntó inesperadamente.

—Sí, Christine. Es usted muy hermosa, pero, sobre todo, hay algo que me agrada más que su belleza física, más que otro don de cualquier índole que pueda poseer.

—¿A qué se refiere, Pete?

—A su bondad, Christine. Es usted, además de muy bella, buena, dulce, compasiva y afectuosa con cuantos la rodean. Eso es lo que más vale en este mundo, se lo aseguro.

El lindísimo rostro de la muchacha se coloreó vivamente.

—¿Lo estima usted así, Pete?

—Con toda sinceridad.

—Usted también es muy bueno.

—¿Cómo lo sabe? Hace muy poco tiempo que me conoce y además...

Me callé de pronto. Había estado a punto de cometer un desliz imperdonable, al mencionar su invidencia.

—Quería decir que no le veo, ¿no es cierto? —manifestó ella, sosegadamente.

—Le ruego me dispense, Christine. No quisiera enojarla...

Ella extendió el brazo.

—Deme la mano, Pete —volvió el rostro hacia mí, y como la vez anterior, sufrió un fuerte estremecimiento al sentir el contacto—. Así está mejor. Sí, sé que es usted muy bueno. No le veo, es cierto; pero los que carecemos de un sentido tan importante como es la vista, poseemos, en cambio, una especie de instinto que nos hace conocer a la gente con más facilidad y con mayor profundidad que las demás personas normales. Usted es rudo, quizá áspero, pero bueno, Pete. Y esto es lo que vale.

Las palabras de la muchacha me conmovieron.

—Gracias. Christine.

Su pecho se agitó unos instantes. Después sonrió

—Acérquese un momento, Pete.

Me senté a su lado. Ella levantó la mano y la paseó por mi rostro.

Sentí que mi corazón palpitaba locamente. Estuve a punto de estrecharla contra mi pecho, pero me contuve.

—Estoy tratando de averiguar cómo es, Pete —dijo ella. Paseó la

mano por el cabello—. Tiene usted el pelo corto y fuerte. ¿Rubio?

—Sí, un poco oscuro.

—Las facciones son enérgicas, pero indican bondad de corazón

—Me está incensando demasiado, Christine.

La muchacha movió ligeramente la cabeza. Nuestros rostros se hallaban a cortísima distancia.

—Digo la verdad, Pete. ¿Me cree?

—A usted es preciso creerla siempre, Christine.

—¿Sabe una cosa, Pete? Desde que le conozco, me encuentro mucho mejor.

—¿Acaso ha estado deprimida en alguna ocasión?

El rostro de la joven se ensombreció unos instantes.

—Muchas veces —murmuró—. Mi... ceguera ha provocado a veces en mí verdaderos accesos de desesperación. No obstante, desde que he entrado en relación con usted, ya no me importa tanto, Pete. En realidad, no me importa en absoluto.

—Christine —murmuré roncamente.

Y esta vez, sin poder contenerme, enlacé su talle con mis brazos.

Ella apoyó la cabeza sobre mi pecho

—Pete, me parece que me he enamorado de usted. Esto es horrible.

—¿Horrible? ¿Por qué? Al contrario, es lo mejor del mundo.

—¡No! ¡No, porque corro el riesgo de que a usted le pase algo parecido... y yo no querría que sucediese tal cosa!

—Pero... ¿y si fuera así?

Christine volvió el rostro hacia mí. Una lágrima, brillaba en sus hermosos ojos, y sus labios temblaban.

—No me importaría que se enamorase de mí, Pete; en realidad, casi lo estoy deseando. Pero lo que no querría nunca es su compasión.

—Christine, yo...

—Escúcheme, Pete —me interrumpió ella—. Creo que le quiero y me parece que a usted también le sucede lo mismo. Pero si me ama de veras, trátame como a una persona normal. Olvide mi falta de visión, piense solamente que soy una muchacha necesitada de afecto y de cariño. ¿Comprende lo que quiero decirle?

La atraje suavemente, hacia mí.

—Sí —dije—. Y voy a hacer contigo lo que haría con una

muchacha normal, como eres tú, claro. ¿Sabes lo que es, Christine?

Ella no contestó, pero su gesto al ofrecerme los labios tuvo la suficiente elocuencia para que yo comprendiera que, a partir de aquel momento, su corazón me pertenecía por completo.

Unos momentos después, Christine dijo:

—Pete, voy a hacer testamento.

—¿Testamento? —la palabra me arrancó del éxtasis en que me hallaba sumido.

—Sí; esta mañana, apenas desperté, el asesino volvió a llamarme. Hoy fue más explícito. Dijo que solo me quedaban tres días de vida.

CAPÍTULO XII

UNA hora después, felices aunque preocupados, regresamos al coche.

—Mañana me acompañarás al despacho de mi abogado, Mac Kann.

Y como su decisión era firme, no tuve otro remedio que acceder.

La ayudé a acomodarse en su sitio y luego yo me coloqué tras el volante. Entonces me di cuenta de una cosa rara.

Christine notó mis preocupaciones.

—¿Qué te sucede, Pete?

Fruncí el ceño.

—Estoy notando un olor extraño —dije.

—Tabaco —respondió Christine en el acto.

—¡Tabaco! —repetí—. Pero, si no he fumado hasta que llegamos al parque... y aun eso, una sola vez, allí donde estuvimos sentados.

—¿Estás seguro, Pete?

—Absolutamente. Una de las cosas que no hago jamás es fumar mientras conduzco. Llevar el cigarrillo encendido es tanto como optar a un accidente. Una ráfaga de aire puede arrojarte la ceniza a los ojos, y... —oprimí su mano afectuosamente—. Dispénsame,

Ella sonrió con suavidad.

—No te preocupes. Sigue, te lo ruego.

—Bien, dejé el coche cerrado cuando bajamos. Si yo no he fumado, ¿quién lo ha hecho?

La mano de Christine tanteó el tablero en busca del cenicero. Lo abrió, encontrando en él una colilla apagada.

—No parece que haya sido una mujer —comenté a media voz.

—¡Pete! —exclamó ella, estremeciéndose—. ¿Qué es lo que sospechas?

—Espera un momento —dije.

Y salté fuera del coche.

Estuve examinándolo durante un buen rato. En un principio me temí que el asesino hubiera intentado realizar con nosotros el clásico truco de la dinamita conectada al arranque eléctrico, pero una explosión semejante le hubiera podido delatar indefectiblemente.

No, había sido un poco más astuto... Y el accidente hubiera resultado perfecto, sobre todo si se tiene en cuenta la gran cantidad de curvas que hay en la carretera que conduce a la cima del Webster Park.

—La tuerca de sujeción de la barra directriz estaba muy floja. Con media docena de golpes de volante se hubiera desprendido de su rosca. Y al quedarnos sin dirección... figúrate lo que hubiera pasado.

Ella escondió el rostro en mi pecho.

—Oh, Pete, Pete, ¿por qué quieren matarme?

Traté de calmarla.

—Ten paciencia, por lo que más quieras. Lo creas o no, he hecho algunos progresos en mis investigaciones, y por poco que pueda, el asesino no tendrá tiempo de llevar sus planes a la práctica.

Christine sufrió una fuerte sacudida.

—No... no me importaría mucho... por mí, pero... ahora que he descubierto que estoy enamorada de ti... Pete —exclamó frenéticamente—, dime que me quieres, dímelo, por el amor de Dios.

Acaricié suavemente su rostro y la besé en los labios.

—Te quiero, Christine, y —añadí con brutal franqueza— no me importa que no veas. Me basta saber que eres buena; lo demás carece de interés.

—¡Qué feliz me hacen tus palabras, Pete! ¡Jamás me he sentido tan dichosa como en estos momentos! Quisiera que nunca se acabasen...

—Si tienes un poco de paciencia, dentro de poco empezará una nueva vida para ti, Christine, te lo aseguro.

De repente, ella se arrojó a mi cuello y me besó con pasión inextinguible. Y yo correspondí a sus besos, porque, la verdad, me había enamorado locamente de ella. No me importaba ni su dinero ni su ceguera; ella era para mí lo más importante del mundo.

Al cabo de unos momentos, nos tranquilizamos. Ella se separó, sofocada y encendida, pero feliz.

—Hemos de volver a casa, querida —dije.

—Pero, ¿y la dirección?

—Apreté la tuerca. Ya no sucederá nada.

Una hora después, entrábamos en su domicilio.

Rock sonrió ampliamente al vernos entrar.

—¿Qué tal fue el paseo?

—Estupendo —Christine aparecía radiante—. Pete, se me ha declarado.

El gigante me miró con sorpresa.

—¡Vaya, viejo cocodrilo, por fin te han cazado!

Christine rio alegremente y se oprimió contra mí con gesto cariñoso.

—He tenido buena puntería, eso es todo.

Entró Marty, sonriendo.

—¿Qué son esas voces? ¿Algún feliz acontecimiento, querida?

—Sí. Pete y yo nos hemos prometido —contestó Christine.

Marty lanzó una exclamación.

—Vaya, esa es una noticia de las que le dejan a una sin aliento. Habrá que celebrarlo, ¿no les parece?

—He visto en el frigorífico una botella de champaña —dijo Rock.

Un momento después, levantábamos nuestras copas en alto. Tras brindar por nuestra futura felicidad, la invidente dijo:

—Marty, debes telefonar al señor Mac Kann pidiéndole hora para mañana.

—¿Sí? ¿Qué sucede?

—Quiero hacer testamento. No olvides que estoy amenazada de muerte.

—¡Christine! Pero, ¡qué cosas dices!

La muchacha dio un paso hacia Marty. Alargó su mano y la secretaria se la tomó.

—Marty —dijo con voz conmovida—, has trabajado duramente para mí durante tres años. No creo que ninguna otra mujer hubiera hecho por mí lo que tú has hecho; y tu abnegación y tu desinterés bien merecen una buena recompensa... caso de que me sucediera algo.

Marty empezó a llorar.

—No digas eso, Christine.

—Está dicho ya, querida. Mañana redactaré mi testamento. Tengo que hacerlo así, compréndelo.

Marty abrazó a Christine.

—Pero yo... pero yo...

—Basta de lagrimitas, querida. Hemos de amoldarnos a la realidad de las circunstancias. Pete me acompañará y firmará como testigo.

—Está bien, si tú lo quieres así...

—Sí, Marty. Y bueno, dejemos esto ya. Rock, ¿por qué no sirve otra copa?

—Con mucho gusto, señorita Barlett.

Tomamos la segunda copa de champaña. La atmósfera, sin embargo, se había cargado un poco con las últimas palabras de Christine. Ya no recobró el ambiente alegre y animado de nuestra llegada, pese a los esfuerzos que realizamos en tal sentido.

Poco después me despedí. Tenía trabajo.

El asesino había dado un último plazo de tres días y era preciso descubrirlo antes de que llevara a la práctica sus siniestros planes.

CAPÍTULO XIII

EL capitán Barrett, de la policía, me miró con cierto recelo.

—Por principio, desconfío siempre de los abogados y de los detectives particulares —dijo—. Pero cuando una persona reúne sobre sí ambos títulos, mi desconfianza alcanza límites astronómicos.

Emití una sonrisita de conejo.

—Generalmente, yo también suelo desconfiar de los polizontes que se encierran en su torre de marfil, como te ha sucedido a ti, maldita sea. El cargo se te ha subido a la cabeza y cada vez que caminas por la calle parece que vayas exigiendo delante una docena de trompeteros y heraldos para anunciar tu paso. Ya no te acuerdas cuando contábamos las judías de cada lata, en la guerra, a fin de que ninguno de los dos pudiera comerse una judía más que el otro, ¿verdad?

El recuerdo de tiempos idos no le hizo mucha gracia a Barrett. Sin embargo, trató de sonreír.

—Bueno, ¿qué demonios te trae por aquí?

—Voy a pedirte un favor. Te recordaré aquella vez en que el número de judías de la lata resultó impar y te cedí la que sobraba sin sorteo. Dijiste entonces que un día pagarías esa deuda. A pagarla, pues.

Barrett se echó a reír, por fin. Los dos reímos.

—Está bien. Dime qué es lo que quieres y procuraré complacerte.

—Escucha, en febrero o marzo de hace tres años, desapareció una joven llamada Catherine O'Brien. Yo calculo que fue asesinada. Mira a ver qué tienes por tus archivos.

—¿Para quién investigas, Pete?

—Te lo diré más tarde. Anda, haz que tus hombres empiecen a

buscar.

Barret no se hizo de rogar mucho. Un momento después, uno de sus agentes entraba en el despacho con un pesado libraco.

El oficial abrió el libro. Estaba lleno de fotografías de personas muertas, desaparecidas o reclamadas por algún delito.

Buscamos entre los meses de febrero y marzo. Al finalizar este mes, encontramos la fotografía de una joven muerta sin identificar.

Todas las demás mujeres que habían fallecido en dicho período de tiempo habían sido reconocidas de modo competente. Por otra parte, tampoco habían sido muchas: tres en accidente de automóvil, un suicidio por gas, otro por barbitúricos y un crimen pasional. La única que quedaba por identificar era precisamente aquella.

—Murió de dos puñaladas en la espalda —dijo Barrett.

—¿Dónde se halló su cuerpo?

—En el Webster Park, junto a unos matorrales que hay en la pendiente del lado noroeste.

—Sí, entiendo.

—¿Crees que es esa la Catherine O'Brien que andas buscando?

—Pudiera ser, Barrett.

—¡Cómo! ¿No la conoces?

Sacudí la cabeza.

—Y lo peor —agregué después de negar— es que la persona que podría identificarla es ciega.

Barrett marcó la fotografía.

—Reabriremos el caso —dijo—. Esto se pone interesante. ¿Qué más, Pete?

—Déjame ver el libro. También ando buscando a una tal Martine Hakensmith.

—El apellido me suena.

—Es el de un tipo muy rico que atropelló una vez a una muchacha, dejándola ciega.

Barrett chasqueó los dedos.

—¡Lo recuerdo perfectamente! ¡Christine Barlett! —y de repente pregunto: — ¿Qué te pasa a ti con la ciega?

—Investigaciones — repuse, mientras seguía pasando páginas con fotografías de personas desaparecidas, muertas o reclamadas.

Súbitamente vi una que me pareció conocida. Era una estrepitosa rubia de mirada cínica y desvergonzada, que miraba al

objetivo de la cámara con expresión de infinito desprecio.

—¡Mírala! —exclamé—. ¡Aquí está Martine Hakensmith!

Barrett volvió el libraco hacia sí. Después de unos momentos de atento examen tocó la palanquita del intercomunicador que tenía a mano.

—Por favor, el expediente doscientos veinticinco, cincuenta y nueve.

Un oficinista de la policía entró poco después con una carpeta en la mano. Barrett la abrió, haciéndome una síntesis de su contenido.

—Martine Hakensmith, veintiséis años, pelo rubio, ojos azules, estatura uno setenta y dos, sesenta kilos de peso. Arrestada tres veces por prostitución, dos por robo, una por tráfico de drogas y otra por lesiones graves.

—¿Qué clase de lesiones?

—Rajó la cara de una rival con una cuchilla de afeitar. Con los antecedentes que tenía, la sentencia fue de dos a cinco años de cárcel. Cumplió nueve meses solamente por buena conducta.

—La niña no tiene desperdicio, ¿eh? —mascullé.

—¿La conoces tú? —preguntó Barrett suspicaz.

—No —mentí—. ¿Hay alguna reclamación ahora contra ella?

—En absoluto. Después de su última estancia se ha portado muy bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no ha sido detenida. En realidad, ni siquiera sabemos si está en la ciudad. De todas formas, tampoco nos han pedido antecedentes o informes de otra parte.

—¿Cuándo salió de la cárcel por última vez?

—En octubre del cincuenta y ocho.

Me froté la mandíbula.

—¡Hum! —dije.

—No eres muy expresivo que digamos —masculló Barrett, resentido.

Me puse en pie.

—Gracias por todo, chico. Te avisaré cuando haya capturado otra lata de judías.

—¡Eh! —gritó el policía, tratando de detenerme.

Pero ya era tarde.

De la Jefatura me dirigí al consultorio del doctor Scohel.

Schohel era uno de los más renombrados oftalmólogos de la ciudad. La enfermera recepcionista me preguntó si tenía concertada hora de visita. Yo le dije que no y que no me importaba esperar lo que fuera necesario.

—Carezco de prisa alguna, y además lo que tengo que preguntarle absorberá un mínimo de tiempo —le entregué una tarjeta—. Pásesela y dígame que esperaré lo que sea necesario.

Para asombro mío, el doctor Schohel me recibió apenas diez minutos más tarde.

—Es la primera vez que me topo con un investigador privado y, la verdad, el caso ha despertado mi curiosidad —dijo bonachonamente—. ¿En qué puedo servirle, señor Maxton?

—Es muy sencillo, doctor. Creo que años atrás usted reconoció a una paciente que había quedado ciega como consecuencia de un accidente automovilístico. Su nombre es Christine Barlett y la atropelló un prominente hombre de negocios de la ciudad, Alden W. Hakensmith.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Bien, ¿qué es lo que desea usted, señor Maxton? Si mal no tengo entendido, el caso quedó resuelto por completo. La parte criminal del mismo...

—No es la parte criminal la que me preocupa, doctor Schohel, sino el lado humano. ¿Existe alguna posibilidad de que la señorita Barlett pueda recobrar algún día la vista?

Schohel meditó unos momentos.

—El nervio óptico quedó afectado como consecuencia del golpe.

—Pero, ¿no habría medio humano de restituirle la vista, doctor?

El médico me miró de frente, mientras se golpeaba los dientes con una de las patillas de sus lentes.

—¿Qué interés tiene usted en la señorita Barlett? —preguntó.

—Estoy enamorado sinceramente de ella. Entiéndame, doctor; me casaré con ella, lo mismo, pero me agradaría infinito ensayar todas las posibilidades de hacerle recuperar la visión normal.

Schohel se apoyó en la mesa.

—Hay una posibilidad, muy remota, señor Maxton. Ella lo sabe, pero por alguna razón que ignoro, se ha negado siempre a intentarlo.

—¿Cuál es su opinión, doctor? Dígamelo con toda sinceridad, por lo que más quiera.

El médico sonrió con gesto de simpatía.

—¿Ella le quiere?

—Sí.

—Entonces, hablele. Quizá haga por amor lo que no ha hecho por... Dios sabe qué misteriosas razones. Mi opinión es que hay una esquirla de hueso que comprime el nervio óptico. En tal caso, es de una delgadez tan extrema, que no aparece en las radiografías. Solo podría saberse trepanando, y aun ello no es del todo seguro.

—Gracias, doctor, eso es todo cuanto quería saber.

Estreché la mano del médico y me marché.

Aquella noche mis sueños fueron arrullados por visiones de maravillosa felicidad. Nunca he dormido tan bien como entonces.

A la mañana siguiente, Christine y yo nos dirigimos al bufete de Thaddeus Mac Kann.

Su secretaria, la señorita Wilkins, nos hizo pasar directamente al despacho.

—Deberán esperar unos momentos —dijo—. El señor Mac Kann ha tenido que salir urgentemente; tardará un poco en volver. No demasiado, desde luego.

—Gracias, señorita —dije.

Acomodé a Christine en un sillón. Yo me situé frente a ella, apoyado en la mesa. Encendí dos cigarrillos y le puse uno entre los labios.

Fumamos en silencio durante algunos momentos. Después, dije:

—Christine, ayer por la tarde estuve viendo al doctor Scohel.

La muchacha se irguió en el asiento, con gesto fulminante. Su respiración se paralizó momentáneamente,

—¿Y...?

—Quiero que seas fuerte, Christine. ¿Me prometes tener valor para escuchar lo que tengo que decirte?

Christine suspiró fuertemente.

—Sí, Pete.

—El doctor Scohel dijo que hay una posibilidad, remota, pero posibilidad al fin y al cabo, de que recobres la vista.

—¡Dios mío! Pete, ¿es cierto eso que me dices?

Su mano temblaba de tal forma que me vi obligado a quitarle el cigarrillo.

—Escucha, parece ser que el nervio óptico está comprimido por

una esquirra de hueso que quedó suelta después del accidente. Es decir, así opina el doctor Scohel, porque, según dice, las radiografías no pueden comprobar su hipótesis. Se necesitaría verlo de una forma más práctica...

—Con una intervención quirúrgica, Pete —dijo ella con voz estrangulada.

—Sí.

Christine se puso en pie súbitamente. Su seno ascendía y descendía rápidamente.

—¡No, Pete!

La cogí de los hombros.

—El doctor Scohel dijo que te habías opuesto siempre a esa operación, aunque nunca has querido decir los motivos. ¿Serás franca conmigo?

Christine escondió su cabeza en mi pecho.

—Oh, Pete —sollozó—, ¿te das cuenta de lo horrible que sería sufrir una operación... y que luego resultase todo infructuoso? ¿Albergar unas esperanzas que podrían resultar fallidas? Oh, no, no, Pete, no lo soportaría por segunda vez. Padecí horribilmente cuando me enteré de que no vería más... No quiero volver a pasar jamás por aquel trance. Además, los mejores especialistas dijeron que nunca...

—«Nunca» es una palabra que debe aplicarse solo a la muerte —la interrumpí—. Donde uno se equivoca, otro puede acertar, y... el doctor Scohel me parece competente y de toda confianza. ¿Por qué no pruebas, Christine?

—¡Pete! —sollozó.

—Nos casaremos... vendrán hijos... ¿no te gustaría verlos?

—¡Amor mío! Pero... me da tanto miedo...

—Eso era lógico que sucediera antes, querida. Ahora me tienes a mí, estoy a tu lado y, ocurra lo que ocurra, sea cual fuere el resultado de la operación, yo no te abandonaré jamás. Te lo juro, Christine.

Ella alzó hacia mí su rostro bañado en lágrimas. Trató de sonreír valerosamente.

—Tienes razón. Antes me faltaba un estímulo... y ahora ya lo tengo. Haré que el doctor Scohel me opere y... —se interrumpió— Dios mío, debo tener una facha horrible. Con el trabajo que se tomó

Marty para arreglarme la cara.

Reí satisfecho. Cuando una mujer se acuerda de ser coqueta, todo marcha estupendamente.

—Bueno, vamos a ver cómo arreglo eso —dije.

—Creo que el señor Mac Kann tiene aquí un lavabo empotrado —manifestó Christine—. Una vez tuve necesidad de lavarme las manos y él me ayudó a hacerlo.

—Muy bien —exclamé—. Busquemos ese lavabo.

En la pared frontera a la mesa, había un par de entrepaños de madera, ricamente tallados. Los dos tenían sendos pomos de nogal tallado, pero mientras el uno era simulado, el otro funcionaba.

Abrí la puerta. Había, en efecto, un pequeño lavatorio, con toallero, pileta, grifo, lámpara, espejo y estantes con algunos útiles de aseo.

También había un perchero y colgado del mismo un impermeable de color claro al cual le faltaban un trozo de la parte inferior y el cinturón.

Había además un sombrero gris y, en los bolsillos del impermeable, unas gafas oscuras y un bigote postizo.

CAPÍTULO XIV

APENAS había terminado de arreglar a Christine, llegó el abogado.

Mac Kann nos saludó afectuosamente, pidiéndonos mil disculpas por la tardanza. Ocupó la mesa y entrelazó los dedos de las manos.

—¿Y bien? —dijo, sonriendo engoladamente, como tenía por costumbre—. ¿A qué debo el honor?

—Señor Mac Kann, quiero otorgar testamento —manifestó Christine.

El abogado mostró una correcta sorpresa. Lo justo, sin exagerar.

—¿Testamento? Es una buena idea. Nadie sabe nunca a lo que está expuesto... Perfectamente, mi querida señorita Barlett. ¿Y en qué términos va a ser redactado este testamento?

Christine ya le había dicho quién era yo al presentarnos.

—Si me ocurriera algo antes de casarme, deseo que el setenta y cinco por ciento de mi fortuna sea entregado a Marty Dykens, mi fiel acompañante durante tres años, y el veinticinco por ciento restante, a mi prometido, el señor Maxton. En caso contrario, es decir, si mi fallecimiento ocurriera después del matrimonio, la fortuna que poseo irá a parar íntegramente a mi esposo.

—El setenta y cinco por ciento —observó Mac Kann— es una suma muy elevada, señorita Barlett.

—Los servicios que me ha prestado Marty Dykens han sido imprescindibles —contestó Christine—. Cualquier cosa, por elevada que fuera, sería poco para ella. Ahora bien, como yo me he de casar pronto con el señor Maxton y, naturalmente, habré de despedirla, ya que mi esposo cuidará de mí, deseo hacerle donación de la suma de cincuenta mil dólares, que usted se encargará de entregarle el mismo día de mi matrimonio ¿Ha comprendido el sentido de lo que quiero hacer, señor Mac Kann?

—Perfectamente, señorita Barlett —el abogado tocó un timbre, en tanto sonreía—. Una decisión muy ajustada la suya, y que dice mucho en favor de su bondad de carácter.

Entró la secretaria del abogado.

—Señorita Wilkins, siéntese. Voy a dictarle el testamento de mi cliente, la señorita Christine Barlett.

La secretaria obedeció. Mac Kann expresó los deseos de Christine en términos legales y en eso hay que reconocer que era un as. Cuando terminó, dijo:

—Hágame cinco copias del testamento y tráigamelas cuanto antes.

—Sí, señor Mac Kann.

La secretaria se retiró. Mientras cumplía lo ordenado, charlamos de temas indiferentes. Mac Kann era un hábil y brillante conversador, y su amena charla contribuyó no poco a acortar el tiempo de espera.

La señorita Wilkins llegó al fin con las cinco copias del testamento. Christine firmó, yo firmé en el lugar de los testigos, junto con la secretaria, y por último lo hizo el abogado, dando fe de haber firmado todos nosotros en su presencia.

—Mañana mismo llevaré las copias a protocolizar y al día siguiente le entregaré una a usted, señorita Barlett. Otra me la quedará yo, una tercera será para su Banco y las dos restantes quedarán en el registro correspondiente... Pero —añadió, con brillante sonrisa—, aún pasarán muchos años antes de que pueda ponerse en ejecución ese testamento.

Christine rio alegremente. Yo también reí. El abogado nos acompañó hasta la puerta y nos deseó mil venturas.

Por supuesto, yo no había dicho a Christine nada del hallazgo del impermeable. Ella no sabía en absoluto que Mac Kann era el asesino de la señora Gehlson y de Butzi Jabor, ni que era el hombre que la había estado amenazando de muerte continuamente. Traté de esforzarme en disimular y creo que lo conseguí.

El tiempo había variado. Espesos nubarrones corrían por el cielo, amenazando lluvia, en tanto que el viento barría las calles. La temperatura había refrescado considerablemente.

Dejé a Christine en casa, junto con Marty y Rock.

—Tengo trabajo —dije.

Le di un beso en la mejilla y después de despedirme salí a la calle.

Pensé en el abogado. ¿Qué motivos le habían impulsado a realizar tales actos criminosos? Esto era algo que no había conseguido averiguar todavía, pero tenía la seguridad de que se refería a algo relacionado con la fortuna de Christine, Era su administrador; ¿habría cometido alguna infidelidad y trataba de ocultarla mediante la comisión de un crimen?

Christine me había prestado el coche. Lo dejé en un taller de reparaciones, encomendando una revisión a fondo en el sistema de frenos y de dirección, después de lo cual me dirigí al Registro Civil.

El empleado me atendió amablemente.

—Voy a darle mucho trabajo, amigo —manifesté—, pero se lo compensaré.

Y le enseñé cinco billetes de a diez dólares. El empleado los tomó sin vacilar.

—¿De quién se trata?

—Creo que fue un matrimonio secreto.

—¿Nombres?

—Le daré el del novio; el de ella no estoy tan seguro. Thaddeus Mac Kann.

El empleado se puso a contemplar el techo.

—Thaddeus Mac Kann —repitió.

Estuvo así unos momentos y luego dijo:

—Creo que se celebró hará cosa de seis meses. Espere un momento.

Hurgó en sus libros y volvió con un pesado mamotreto, cuyas páginas empezó a repasar con el dedo, acompasando el gesto con un ininteligible bisbiseo de sus labios.

—Aquí está —exclamó de pronto—. Matrimonio celebrado el veintidós de octubre del pasado año, entre Thaddeus Mac Kann y Marty Dykens.

—¿Está seguro de que pone Marty Dykens? —pregunté, un poco confundido. Había esperado otro nombre.

—Segurísimo. Mírelo usted mismo —y volvió el libro, para que yo lo examinase.

No cabía la menor duda. Thaddeus Mac Kann y Marty Dykens se habían convertido seis meses antes en marido y mujer.

¿Qué sucedía entonces? ¿Actuaban separadamente... o unidos?

Esto tenía que averiguarlo yo, no me lo dirían ellos. Y solo podía conseguirlo de una forma: tendiéndoles una trampa.

Pero como el Registro de matrimonios no era el lugar más adecuado para pensar, me despedí del empleado y salí a la calle.

Busqué una cafetería, pedí un «corto» y encendí un cigarrillo. Hube de consumir cinco o seis antes de dar con un plan mediatamente viable.

Aboné el gasto y salí a la calle. Entonces me fui a ver a un conocido, agente de Bolsa. Atendía por el nombre de Kayler.

—Tengo que pedirte un favor —dije, una vez nos hubimos estrechado las manos y preguntado por nuestros estados de salud respectivos.

—Lo que quieras, Pete —dijo Kayler, mirándome críticamente—. ¿En qué embrollo te has metido?

—Estoy haciendo investigaciones por cuenta de una cliente. Quizá hayas oído hablar de ella. Christine Barlett.

—Sí, algo, en efecto. ¿Qué sucede?

—Es mi prometida y sospecho que han estado robándola descaradamente. Su administrador, Thaddeus Mac Kann.

Kayler lanzó un silbido.

—¡Mac Kann! —exclamó.

—¿Qué te pasa? —dije.

Kayler me guiñó un ojo.

—No he trabajado con él, pero entre nosotros se saben todas las cosas. En los últimos tiempos, Mac Kann ha sufrido fuertes pérdidas especulando en Bolsa. De dónde habrá sacado el dinero, no lo sé; pero las pérdidas son seguras. ¡Ojalá pescara yo de una vez la cuarta parte de lo que ha perdido; iba a estar sin trabajar durante diez años al menos!

—¿Cuánto calculas tú que suman las pérdidas? —pregunté.

—Entre siete y ochocientos mil dólares —contestó Kayler sin vacilar.

—Gracias —dije—. Eso es todo cuanto deseaba saber.

El misterio se iba desembrrollando. Casi podía decirse que había dejado de serlo. Claro que aún quedaban algunos puntos oscuros por aclarar, pero esperaba hacerlo pronto.

Recogí el coche, abonando el importe a cuenta de los quinientos

dólares que debían haber servido para Butzi. Una espesa niebla se cernía sobre la cumbre del Webster Park cuando dejé el automóvil a la puerta de la casa de Christine.

Por entonces ya anochecía. El día se me había pasado tan rápidamente que apenas me había dado cuenta del transcurso del tiempo. Y solo tenía dos por delante, antes de que el asesino llevase sus amenazas a la práctica.

Lo que no acababa de comprender era la extraña relación que les había llevado a unirse a Mac Kann y a Marty. Ambos, por lo que había podido deducir, eran de carácter independiente e incapaces de tolerar a su lado un igual. Cualquiera que estuviese junto a uno de ellos, debía ser siempre inferior, dejarse dominar. Y sin embargo, eran marido y mujer, aunque ocultando cuidadosamente la relación existente. ¿Por qué?

Mientras no lo declarasen ellos, no lo sabría. Y era preciso forzarles a hacer tal declaración.

¿Cómo?

De repente se me ocurrió una idea. Era arriesgada, pero valía la pena intentarlo. En lugar de entrar en la casa, di media vuelta y volví a meterme en el coche.

Una hora más tarde, había encontrado lo que deseaba. Pero no podía llevarlo a casa de Christine estando Marty allí. Y como corría el riesgo de que la fulana me viese con el paquete en las manos al entrar en mi domicilio, lo dejé en un bar a cuyo dueño conocía de antiguo.

Después me dirigí a casa de Christine.

—Se me ocurre una idea —dije, después de los primeros saludos—. ¿Por qué no salimos a cenar juntos los dos?

Christine palmoteó alborozada.

—Es una idea estupenda, ¿verdad, Marty?

La morena asintió sonriendo.

—Ven, querida —dijo—. Te arreglaré para que Pete te encuentre más hermosa que nunca.

Mientras las dos jóvenes permanecían en el tocador, hablé rápidamente con Rock, dándole determinadas instrucciones, parte de las cuales repetí más tarde a Christine en el restaurante, mientras cenábamos, además de contarle todo cuanto sabía.

El rostro de la muchacha se puso como el mantel de la mesa en

que cenábamos.

—¡Dios mío! ¿Es cierto lo que estás diciendo, Pete?

—Te amo como no he amado a nadie en el mundo, querida, y jamás se me ocurriría causarte un dolor semejante si ello no fuera absolutamente necesario. Pero es de todo punto preciso que los desenmascaremos, que obtengamos las pruebas necesarias; de lo contrario, aunque Mac Kann no cumpla su promesa de matarte dentro de dos días, tendrán que hacerlo un día u otro. Y eso es lo que yo quiero evitar, ¿comprendes?

Christine asintió.

—Desde luego, Pete, pero, ¿es tan horrible pensar que la persona en quien una ha confiado durante tanto tiempo le ha estado engañando de modo tan miserable!

—Marty fue así toda su vida. Y seguirá siéndolo hasta que muera. No tiene remedio. En cuanto a Mac Kann... mañana lo sabremos —terminé con firme acento.

CAPÍTULO XV

AL día siguiente, cuando llegué a casa de Christine me encontré con las dos mujeres ataviadas y a punto de salir.

—¿A dónde van? —pregunté—. Parece que amenaza lluvia.

—Tengo ganas de dar un paseo —dijo Christine—. Y como supongo que tú tendrás trabajo, Pete, he pedido a Marty que me acompañe.

—Una buena idea, querida. Aunque el tiempo no aparezca demasiado complaciente con ustedes, dentro del coche no se mojarán.

Christine se me acercó, tanteando el terreno. Se tocaba con un gracioso sombrerito de color lila, y en vista de la temperatura, que tiraba a fresca, se había puesto un amplio abrigo del mismo color, peludo y confortable.

Marty, en cambio, se había equipado con un sencillo impermeable gris azulado, que no era suficiente, sin embargo, para ocultar del todo las rotundas líneas de su opulenta figura.

Cuando las dos mujeres se hubieron ido, miré a Rock. Este juntó el pulgar y el índice, formando un círculo.

—Todo «O. K.», jefe. El asunto funciona.

—Muy bien muchacho. Ahora ya solo falta tirar de la cuerda para que el cepo se cierre por sí solo

—¿Quién va a tirar de la cuerda, chico?

—Yo. Tú te quedas aquí. No quiero compañía.

Rock puso cara de lástima, pero no cedí a sus ruegos. En eso me mantuve inflexible.

Esperé unos minutos a que las dos mujeres se hubieran alejado lo suficiente. Luego, bajé corriendo a la calle y monté en el auto que había alquilado por la mañana.

Emprendí una marcha velocísima hacia el Webster Park, a cuya

cima llegué en un tiempo record. Salté al suelo y me adentré en la espesura, dirigiéndome a un lugar particularmente desierto en toda circunstancia y más en un día como aquel.

La niebla, en la cumbre de la colina, era bastante espesa y soplaban un fresco airecillo que la arrastraba en húmedos jirones de un lado para otro. Busqué unos matorrales y me escondí, dispuesto a esperar.

Pasó casi una hora antes de que oyera la voz de Christine. La muchacha hablaba con Marty mientras paseaban.

—Aunque hace un día tan malo, me agrada sentir el frescor de la niebla en la cara —decía Christine.

Caminaron unos cuantos pasos. El silencio era absoluto.

Christine se detuvo a poca distancia del lugar en que me hallaba.

De pronto, dijo:

—¿Tienes un cigarrillo, Martine?

—Sí, claro —contestó Marty, antes de darse cuenta del nombre que había pronunciado Christine—. ¿Qué has dicho?

La muchacha volvió el rostro hacia su acompañante.

—¿Por qué me has estado engañando durante todo este tiempo, Martine Hakensmith?

El rostro de la morena adquirió una pronunciada palidez.

—¿Quién te lo ha dicho? —bramó, loca de ira al verse descubierta.

—¿Qué más da? —murmuró Christine amargamente—. Yo no tuve la culpa de perder la vista en aquel desdichado accidente, ni que, en compensación, tu tío Alden me dejase toda su fortuna. Si me hubieras conocido mucho mejor, un poco mejor, habrías sabido bien pronto que no me hubiera costado el menor esfuerzo repartir mi dinero contigo. Y, en lugar de ello... ¿Por qué mataste a la pobre Catherine O'Brien, Martine? ¿Qué daño te había hecho ella?

Una expresión de odio satánico deformó las facciones de Martine.

—Le dije que quería su puesto y ella se negó. Casualmente me conocía y pensó que podía hacerte daño. No me quedó otro remedio que matarla, aquí mismo, en este sitio donde nos encontramos ahora... ¡donde tú también vas a morir, Christine Barlett!

—¡Martine! ¿Es posible que quieras matarme? ¿Puedes decirlo así, con toda tranquilidad?

Las manos de la morena se agitaron crispadamente. Por un momento temí que fuera a saltar al cuello de Christine y la apunté con mi revólver, dispuesto a liquidarla sin compasión si hacía tal cosa. Por el momento, sin embargo, pareció contenerse.

—He estado tres años, día a día —dijo con tono sibilante—, esperando este momento. Te he odiado desde que supe que mi tío Alden te había dejado toda mi fortuna. ¡A mí solo me dejó quince mil dólares! ¡El muy hijo de perra, así arda en los infiernos!

Christine retrocedió un paso, espantada ante la obscenidad de las palabras de Martine.

Esta continuó.

—Día a día he estado elaborando mi venganza, alimentando mi odio, fingiendo apreciarte y simulando afecto hacia ti, esperando con paciencia mi hora. Y esta ha llegado, Christine. Vas a morir, ¿sabes? No puedes seguir viviendo un momento más; estoy ya harta de soportar tanto servilismo y tanta adulación.

—¡Martine!

—Lo que oyes. Tu hora ha llegado. Hemos estado intentando aterrorizarte para que hicieras lo que ayer fuiste a hacer al despacho de tu abogado, es decir, el testamento. Todavía no te has casado con Pete... ni te casarás nunca. Y la mayor parte de tu fortuna pasará a mis manos...

—¿Qué fortuna, Martine? —preguntó Christine, procurando mantener la serenidad—. Las especulaciones de tu marido la han reducido considerablemente...

—¡De modo que estás enterada de todo! —rugió la individua—. ¡Te lo ha dicho ese maldito detective!

—Sí. Me lo ha contado todo —exclamó Christine con repentina energía—. Me ha contado que tú y Mac Kann os casasteis hace seis meses. Pero no entiendo por qué mantener el secreto de vuestro matrimonio.

Martine rio amargamente.

—Somos una pareja de canallas, tal para cual. Yo me enteré de sus dilapidaciones con tu fortuna, recuerda que era tu secretaria. Cuando fui a ponerle las cartas sobre la mesa, él me amenazó con denunciarme a la policía. ¿Qué hacía Martine Hakensmith con un nombre falso en casa de la heredera de su tío? ¿Qué proyectos abrigaba?

»No tuve otro remedio que ceder un poco. Y él cedió, naturalmente. A los dos nos convenía aliarnos contra ti.

—Y por eso quisisteis matar a Pete.

—Claro. Es lo que le pasará después cuando tú hayas desaparecido. Y esta vez no fallaremos, descuida.

—Tampoco fallasteis con la señora Gehlson.

—Fue nuestro testigo de matrimonio. Pero luego olfateó algo y quiso sacarnos el dinero. No hubo otro remedio que quitarla de en medio.

La frialdad de Martine imponía.

—¿Y Butzi Jabor?

—Oyó a la Gehlson pronunciar el nombre de Mc Kann. Tenía que morir también. Como tú y como Pete

—Está bien planeado, Martine. Moriré yo... y entonces, tú sacarás a relucir el testamento.

—Exactamente. Todavía queda bastante dinero para darme buena vida.

—¿Estás segura de ello? ¿No continuará Mac Kann con sus insensatas especulaciones de bolsa?

Los dientes de la Hakensmith chirriaron.

—El dinero vendrá a parar a mis manos y seré yo quien mantenga firmes los cordones de su bolsa. No te preocupes por ello, querida. Pero... ¿te ha dicho Pete por casualidad cómo empezó a sospechar de mí?

—Sí —respondió Christine.

—Será interesante oírlo. Habla, querida.

—Yo no sabía que tú estabas casada y así se lo había dicho a él. Pero Pete se extrañó de ver un anillo en tu mano cuando fue a verte en el motel del lago Kobee.

—Sí, fue un detalle. ¿Y qué más?

—Otro detalle: ¿Cómo podía saber Marty Dykens que Martine Hakensmith se había sentido desechada al ver que su tío legaba la casi totalidad de su fortuna?

—Es cierto —admitió la fulana—. Se me escapó. ¿Dije algo más?

—Sí. Manifestaste no saber nada de esa pariente en un principio. Pete se extrañó de ello, sabiendo que llevabas conmigo tres años.

—Sí —convino Martine, sonriendo perversamente—. Fueron unas equivocaciones que no volveré a repetir. Escucha, Christine, tu

antigua secretaria murió aquí, hace tres años...

—Como la Jabor.

—Exactamente.

—¿Y no temes que la policía te relacione conmigo después?

—No, porque Pete morirá hoy mismo. Thaddeus tira muy bien con el rifle, ¿comprendes? Y entonces, Marty Dykens se esfumará, para que unos días después de tu muerte, reaparezca Martine Hakensmith, reclamando la herencia que la Dykens no reclamará nunca, porque ya no se la verá jamás, ¿comprendes?

—Sí; lo entiendo —contestó Christine—. Y desde aquí te digo que esos planes tan canallescros no prosperarán jamás. Pete...

—¡Pete y tú podéis iros al infierno! —rugió Martine. Abrió el bolso y sacó del bolsillo un puñalito.

Christine percibió el movimiento y dio media vuelta. Entonces, bramando de ira, Martine se le echó encima y le asestó dos puñaladas en la espalda.

Christine cayó al suelo y permaneció inmóvil. La asesina se arrodilló a su lado y le examinó unos instantes. Se puso en pie, muy satisfecha de su obra.

Entonces salió un individuo de la espesura con un revólver en la mano.

Martine abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Thad! —exclamó, al ver a su esposo.

—Gracias por la labor realizada, querida —dijo Mac Kann cínicamente—. Me has ahorrado un trabajo y facilitado la tarea, además.

Martine retrocedió un paso.

—¡Thad! —gritó, lívida de espanto—. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Matarte —respondió el abogado glacialmente—. Y de esta forma, el dinero de Hakensmith, pasará definitivamente a mis manos. No como heredero tuyo, sino como administrador de los bienes de la muerta. Presentarme como esposo tuyo solo me traería un sinfín de inconvenientes que no estoy dispuesto a arrostrar.

La mujer se metió una mano en la boca para no gritar. Sus ojos parecían ir a salirse fuera de las órbitas.

Una cruel sonrisa brillaba en los labios de Mac Kann. En el último instante, Martine dio media vuelta, y trató de huir.

Las balas fueron más rápidas que ella. Martine dio un tremendo salto en el aire y cayó de bruces. Pateó un poco, pero enseguida se quedó quieta.

Mac Kann quiso cerciorarse de la muerte de Martin. Entonces sonó la voz del capitán Barrett, autoritaria, enérgica:

—¡Mac Kann, tire esa pistola y entréguese!

El abogado giró en redondo, terriblemente sobresaltado. Sin dudar, disparó un par de veces hacia el sitio donde había sonado la voz.

Luego trató de huir. El gigantesco sargento Davidson le salió al paso.

Mac Kann disparó una vez.

Erró el tiro. Davidson parecía torpe, pero solo lo parecía. Saltó a un lado con la agilidad de un felino. Luego gatilló su revólver.

Mac Kann se desplomó con una expresión de incredulidad reflejada en su rostro. Trató de sostenerse un momento con ambas manos, pero las fuerzas le fallaron muy pronto. Cayó de bruces, inmóvil para siempre.

Entonces salí yo de mi escondite, con un magnetofón a pilas en las manos, que entregué a Barrett.

—Ahí tienes fielmente grabado todo cuanto se ha hablado aquí. Creo que esto te servirá para dejar completamente zanjado el caso.

Después me acerqué a Christine. Entonces advertí, que, al caer, se había dado un golpe en la frente y había perdido el sentido.

En el primer momento me alarmé. Pero no tardé mucho en tranquilizarme cuando la vi abrir los ojos y sonreírme.

—Hola, Pete —dijo—. Estoy bien.

La había llevado al coche de la policía. Barrett me entregó un frasquito con coñac y el licor la reanimó notablemente.

—Desde luego —comentó el policía—, he asistido a la mejor representación que he podido contemplar en mi vida. Lo que no entiendo es cómo pudo soportar impunemente las dos puñaladas que le asestó la Hakensmith.

—Un truco sencillo, Barrett —dije—. ¿Has visto en el cine cuando un actor recibe un flechazo en el pecho o en la espalda, o bien cuando le clavan un cuchillo? Llevan debajo de la ropa, hábilmente disimulada, una gruesa plancha de corcho que es la materia que absorbe la potencia del impacto. Yo hice que Rock se la

colocase a Christine en el abrigo, después de haberle dicho qué abrigo debía usar y que, a una hora determinada, debía sugerir a la Hakensmith que deseaba darse un paseo por estos andurriales. Era lo que la Hakensmith deseaba precisamente... y el resto fue sencillo.

—Desde luego, pero si yo fuera ella —dijo Barrett con tono duro—, no te perdonaría el haberme hecho correr un riesgo semejante. Imagínate que hubiera tratado de matarla a tiros o estrangulándola.

Me froté la mandíbula con aire pensativo.

—Generalmente, los asesinos no suelen variar de método. Catherine O'Brien y la Jabor murieron acuchilladas. Si se hubiera tratado de Mac Kann, que fue quien estranguló a la señora Gehlson, la cosa hubiera variado y entonces habría meditado otra clase de trampa. De todas formas —terminé—, si la Hakensmith hubiese intentado matarla de distinta manera, no le habría dado tiempo a ello. Todo el rato la tuve cubierta con mi pistola. Y Christine lo sabía, ¿no es cierto, querida?

Ella no contestó. Me miraba de una forma muy rara. Estaba muy pálida.

—¡Christine! —exclamé.

La muchacha alargó su mano. Tocó mi pelo.

—Sí —dijo con un balbuceo apenas perceptible—, es... rubio oscuro...

Y se desmayó.

CAPÍTULO XVI

EL doctor Scohel nos lo aclaró horas más tarde, después de haber realizado un detenido examen de los ojos de Christine.

—El golpe que recibió al caer provocó la descompresión parcial del nervio óptico —manifestó el médico—. Pero, ¡cuidado!, no se dejen llevar por falsos optimismos. Ha recobrado la visión parcial y, según mi entendimiento, la compresión del nervio se irá atenuando poco a poco. No obstante, es preciso que durante una buena temporada se dedique íntegramente al descanso, olvidándose de toda clase de preocupaciones y sin realizar el menor esfuerzo que pudiera resultarle dañino. Nada de lecturas, cine o televisión en lo menos un año. Después de pasado este tiempo, veremos cómo marcha la visión, lo cual no excluye una serie de exámenes periódicos, para mantener los ojos en constante control. Huya de las luces directas y de los resplandores fuertes y, sobre todo, calma, tranquilidad, sosiego... y olvido de lo sucedido.

Christine se me abrazó, feliz, riendo como una niña.

—Doctor Scohel, ¿cree que una luna de miel sería perjudicial para mis ojos?

—Hombre, siempre es una emoción —sonrió el galeno—. Pero una emoción agradable, por supuesto.

—Es que no estoy dispuesta a posponerla, aun cuando perdiera de nuevo la vista —declaró Christine con voz tajante.

—En ese caso —Scohel se echó a reír—, no me queda otro remedio que recetarle eso precisamente: una luna de miel.

* * *

Ha pasado un año desde entonces. Ya no somos dos, sino tres.

El tercero vino al mundo hace pocas semanas. Y lo más maravilloso de todo es que Christine puede verlo.

Por supuesto, no ha recobrado una visión normal. Aún se ve obligada a llevar gafas de color y graduadas, porque le ha quedado una fuerte miopía como secuela del accidente.

Sus retinas recobrarán la fuerza y el vigor normales con respecto al grado de iluminación del medio ambiente. Sin embargo, no me importa que lleve gafas en lo sucesivo; los ópticos hacen ahora cosas preciosas en este ramo.

Pero en cambio, sus ojos, sus ojos tan queridos, que antes estaban sumidos en la oscuridad, han vuelto a ver la luz.

FIN

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Keith Luger

INTRUSION EN EL ASESINATO



Precio:
7 ptas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI

libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS

serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
824 — G. Colomer
UNA MUJER DE CARACTER

COLEC. "MADREPERLA"
720 — May Carré
SUSANA Y LOS LEONES

COLECCION "ROSAURA"
664 — Corín Tellado
MARTA Y ELLOS

COLECCION "AMAPOLA"
551 — María Teresa Sesé
MATRIMONIO

COLECCION "ALONDRA"
435 — Mercedes Tomás
MIEDO AL AMOR

COLECCION "CAMELIA"
426 — Carol Rodi
TRES BODAS Y MEDIA

COLECCION "CORAL"
193 — Corín Tellado
ESCLAVA DE UN AMOR

COLECCION "CORAL"
194 — Corín Tellado
TODO POR ELLEA

COLECCION "BISONTE"
765 — Alf. Regalado
SE IMPONE LA VIOLENCIA

COL. "SERVICIO SECRETO"
629 — George H. White
EL LOCO DE LA
LINTERNA ROJA

COLECCION "BUFALO"
462 — M. Lafuente Estefanía
MANOS DE GUN-MAN

COLECCION "COLORADO"
254 — M. Lafuente Estefanía
MI HIJO NO ES UN
PISTOLERO

COLECCION "KANSAS"
220 — Sam Fletcher
LAS VACACIONES
DE UN FEDERAL

COLECCION "CALIFORNIA"
309 — M. Lafuente Estefanía
MANOS ENDEMONIADAS

Col. "HEROES DEL OESTE"
202 — M. Lafuente Estefanía
EPIDEMIA DE PLOMO

COL. "ASES DEL OESTE"
172 — Orland Garr
EL INFLEXIBLE
CAPITAN MOORE

COLEC. "BRAVO OESTE"
84 — Meadow Castle
LO ESCRIBIO CON SANGRE

COLECCION "PUNTO ROJO"
18 — Clark Carrados
OJOS EN LA CIUDAD

COLECCION "TEXAS"
330 — Fidel Prado
PUEBLOS FRONTERIZOS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires